

EUGENIO DIAZ ROMERO

EL TEMPLO UMBRÍO

(NUEVOS POEMAS)

Con un pórtico de Rubén Darío y un juicio crítico de José Enrique Rodó



1920

"BUENOS AIRES"
Cooperativa Editorial Limitada

AGENCIA GENERAL DE
LIBRERIA y PUBLICACIONES
Rivadavia 1573

EL TEMPLO UMBRÍO

Libros publicados por la Cooperativa Editorial "Buenos Aires"

Crítica

M. A. Barrenechea. — *Historia estética de la música.*

Alejandro Castiñeiras. — *Máximo Gorki* (su vida y sus obras).

Atilio Chiappori. — *La belleza invisible.*

Armando Donoso. — *La senda clara.*

Carlos Ibarguren. — *De nuestra tierra.*

Carlos Ibarguren. — *La literatura y la Gran Guerra.*

Alvaro Melián Lafinur. — *Literatura contemporánea.*

José León Pagano. — *El santo, el filósofo y el artista.*

Cuestiones sociales y políticas

Juan Alvarez. — *Buenos Aires.* (Su problema en la República Argentina).

Marco M. Avellaneda. — *Del camino andado.* (Economía Social argentina).

Augusto Bunge. — *Polémicas.*

M. de Vedia y Mitre. — *El gobierno del Uruguay.*

Historia

José Ingenieros. — *La locura en la Argentina.*

Novelas y cuentos

Cárlos Correa Luna. — *Don Baltasar de Arandia* (2ª edición).

Manuel Gálvez. — *La sombra del convento.*

Benito Lynch. — *Raquela.*

Luisa Israel de Portela. — *Vidas tristes* (2ª edición).

Horacio Quiroga. — *Cuentos de amor, de locura y de muerte* (2ª edición).

Horacio Quiroga. — *Cuentos de la selva* (para los niños).

Horacio Quiroga. — *El Salvaje.*

Vicente A. Salaverri. — *El corazón de María.*

Viajes

Ernesto Mario Barreda. — *Las rosas del mantón.* (España).

Poesía

Mario Bravo. — *Canciones y poemas.*

Delfina Bunge de Gálvez. — *La nouvelle moisson.*

Arturo Capdevila. — *Melpómene* (2ª edición).

Arturo Capdevila. — *El libro de la noche.*

Eugenio Díaz Romero. — *El templo umbrío.*

Fernández Moreno. — *Ciudad* (agotado).

Juana de Ibarbourou. — *Las lenguas de diamante* (agotado).

Ricardo Jaimes Freyre. — *Los sueños son vida.*

Pedro Miguel Obligado. — *Gris* (agotado).

Alfonsina Storni. — *El dulce daño.* (2ª edición).

Alfonsina Storni. — *Irremediablemente* (agotado).

Pablo Suero. — *Los cilicios.*

Psicología

Alberto Palcos. — *El Genio.*

Teatro

Arturo Capdevila. — *La Sulamita* (4ª edición).

Arturo Capdevila. — *El amor de Schahrazada.*

Temas varios

Martín Gil. — *Modos de ver* (3ª edición).

Alberto Nin Frías. — *Un huerto de manzanas.*

Traducciones

Carlos Muzio Sáenz - Peña. — *La cosecha de la fruta,* de Rabindranath Tagore (2ª edición).

M. de Vedia y Mitre. — *El héroe y sus hazañas,* de Bernard Shaw.

Vida de nuestras ciudades

Juan Cárlos Dávalos. — *Salta.*

Roberto Gache. — *Glosario de la farsa urbana* (agotado).

EUGENIO DIAZ ROMERO

EL TEMPLO UMBRÍO

(NUEVOS POEMAS)

Con un pórtico de Rubén Darío y un juicio crítico de José Enrique Rodó



1920

"BUENOS AIRES"
Cooperativa Editorial Limitada

AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES
Rivadavia 1573

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Harpas en el Silencio (1900).
Raza que Muere (drama) 1905.
La Lámpara Encendida (1911).
Horas Escritas (Crítica literaria) 1913.
El Mercurio de América (Revista) 1898-1900.

EN PREPARACIÓN

En el Reino de Psiquis (Cuentos).

BALADA

En elogio del poeta Eugenio Díaz Romero

BLASÓN *de azul, rosas de plata,*
Rimas ricas, locuras bellas,
Flauta que hace aires y querellas
Como fuente que se desata.
Cosas de París y del Plata,
De trovador y caballero,
Pensar sutil, decir sincero,
Noble talante y alma pura,
Expresaría esta figura
El poeta Díaz Romero.

Cuando, la mejilla en la mano,
Como un Alfredo de Musset,
Se asemeja a aquel hombre que
"Se parece como un hermano",
Se creería ligero y vano
Tenorio de talante fiero,
El es suave Tenorio, pero

Divagando en sus universos,
Se pierde en musi.ales versos
El poeta Díaz Romero.

Amigo de mil gratas horas,
Sin falsías y sin reproches,
Hemos soñado en muchas noches
Y vivido en muchas auroras.
Díaz Romero que atesoras
Alma clara, espíritu entero,
Tan delicado como austero
Y en el fondo un alma de niño,
Siempre serás en mi cariño
El poeta Díaz Romero.

Envío

Amigo, ni esquivo ni fiero,
Recibas esto que a tu fuero
Dedico pura y simplemente,
A mi antiguo amigo incipiente
El poeta Díaz Romero.

RUBÉN DARÍO.

Buenos Aires, 1912.

Un juicio crítico de José Enrique Rodó [1]

TODO esfuerzo sincero por realizar un objetivo de arte, por dejar un tributo personal en las aras de la abandonada Belleza y hacerla conocer y venerar de los hombres, merece, en todas partes, respeto y atención y aun lo merece en esta América nuestra, donde no hemos sabido, ni comunicar a nuestro utilitarismo pálido y sin bríos la grandeza de una epopeya prosaica de la Voluntad, como la que mueve soberbiamente a los titanes que tenemos al Norte, ni justificar nuestra mediocridad utilitaria con el fervor en las devociones de la gracia y el desinterés.

Empecemos por reconocer que este libro es uno de esos esfuerzos sinceros. El espíritu de que ha nacido no profesa por capricho fugaz el culto de las cosas hermosas ni ha dedicado, sólo a ese culto, los ocios displicentes de una existencia abandonada a impulsos menos serenos y escogidos. Cree; tiene la fe del dogma que confiesa. No se le discutirá esta condición del entusiasmo verdadero y constante, en la que rara vez deja de manifestarse el instinto seguro de una vocación. Ha permanecido fiel a su sueño, y todos sabéis que esta fidelidad es tan difícil como una castidad rodeada de tentaciones, aun cuando todavía queden por

(1) Este estudio fué escrito por Rodó a raíz de la aparición de mi primera obra. Lo reproduzco aquí por ser poco conocido y como un homenaje a la memoria del glorioso escritor montevideano. — (N. DEL A.)

hacer en nuestro camino algunas jornadas de juventud. Ha combatido con perseverancia ejemplar en nuestra ingrata porfía por dar al arte campo y ambiente en estas tierras ásperas aún, donde todo cultivo de vegetaciones primorosas, hecho sólo por la codicia de la flor, requerirá, por mucho tiempo todavía heroica decisión y manos duras. Su "Mercurio de América" tan tenazmente sostenido, en medio de la indiferencia y a pesar de la indiferencia, como una bandera civilizadora que sigue batiendo el aire sobre el desierto conquistado, es, por su significado de voluntad y de confianza, una soberbia acción. Todos estos recuerdos, que se asocian inmediatamente al nombre del poeta en el espíritu de quienes lo conocen, tejen alrededor del nuevo libro como un capullo de interés y simpatía, y me atrevo a afirmar que ellos harán recibir su aparición como un aplauso, aun antes de que se lo lea.

Agreguemos que, si bien su lectura podrá suscitar, legítimamente, juicios diversos en cuanto a la oportunidad de los modelos y tendencias con que nuestro poeta ha vinculado su libro, — pues no es necesario detenerse a señalar su estrecha relación con manifestaciones del gusto que no tienen derecho a aspirar al asentimiento general, — la virtualidad poética del espíritu del autor uniformará todos los juicios. Es, sin duda, la suya, una obra de inspiración enteramente exótica inadaptada al ambiente del autor, como casi todo el lirismo americano de los últimos diez años. Pero, juzgada con relación a la mayor parte de las que tienen igual carácter en América, ofrece, desde luego la ventaja de revelar un conocimiento mucho más extenso o intenso de los métodos extraños en que están los antecedentes de su gusto y de su estilo.

Tengo por un sueño imposible, en poesía americana, la originalidad esencial, fuera de muy limitado número

de temas. (Y está demás decir que la ausencia de esa rarísima originalidad no excluye la posibilidad de un alto vuelo lírico). Pero también es necesario reconocer que para ser relativamente original, en el grado que cabe dentro de la imitación, lo primero, es ir a buscar el manantial de que se ha de beber, en sus nacientes; dirigirse al original sin interposición de otras imitaciones; no contentarse con agregar un término más a una triste progresión de remedos en que la creciente deformación del rasgo característico lleve a la caricatura del amaneramiento, sin personalidad y sin gracia. Pues bien: en la mayor parte de nuestros poetas jóvenes de América, la imitación está lejos de tener ese carácter directo, de interpretación personal, que exigirá su justificación artística, porque a los más les falta, no ya un sentimiento propio y verdadero de los modelos extraños que invocan, sino, a veces, el conocimiento mismo de estos modelos y sus lecturas no han pasado de aquellos pocos autores de la casa, que saben, por impresión personal y admiración sincera, de los maestros que luego todos pretenden imitar...

No es Díaz Romero de los que pueden ser culpados de ese desconocimiento y esa afectación, en que hunde sus raíces el más oprobioso de los "snobismos". Pocos serán, entre los escritores americanos de su generación, los que le aventajen en el conocimiento directo y minucioso de la poesía de las escuelas francesas contemporáneas, donde ha elegido mentores y modelos.

Y aunque a veces, visiblemente, cruzan por sus composiciones, reminiscencias que no son de tan directo origen, sino de modelos menos separados, por la distancia y la lengua, del autor, puede asegurarse, en general, que nuestro poeta no ha temido la fatiga y tardanza del viaje, para realizar, a lo esforzado peregrino, su romería a la ciudad santa de sus dioses.

Por lo demás, si la forma, lo mismo en lo que tiene de más externo que en lo que tiene de más íntimo y substancial, está modelada a imagen de extraños usos en las páginas de este libro, la sinceridad lírica del autor no padece con ello disminución alguna. Ha dejado en él, el reflejo de su alma. Tiene del temperamento lírico la condición esencial y dominante: la espontaneidad y la afluencia del sentimiento personal, que desbordándose fuera de los límites del propio espíritu se comunica a su interpretación de lo exterior, a su visión de las cosas.

Y su lirismo es, casi exclusivamente, manifestación de afectos íntimos, propios, "egoístas"; de los que no se comparten con un grupo, ni una comunión, ni una multitud; de aquellos que no podrían tener su interpretación — como los de los poetas que, italianamente, llamaremos "civiles" — en un coro de ruidosas voces que el poeta mismo dirigiera frente a un auditorio vibrante.

A pesar de la "Proclamación" y "La palabra futura", tengo por verdadero ese carácter que he atribuído a su naturaleza poética. No ama la realidad ni la acción como motivo para el canto. Le place quedar solo, "mirando la sombra de su espíritu". Poco es lo que sabe en verdad de lo que pasa fuera de su celda de monje de Theléme, que él ha amueblado para las voluptuosidades del ensueño y la contemplación frente al abierto mar, — gran confidente de tristes y reconcentrados, — entre sobrios jardines, bajo alto escudo de silencio. Aquellos que tenemos dispersa, entre las cosas del mundo, una buena parte del alma, y no podemos acariciar por mucho tiempo las dulces sensaciones de la concentración sin que nos inquienten y sacudan los hilos espirituales que nos vinculan a esas cosas de afuera, envidiamos ese privilegio y admiramos esa facultad ro-

binsoniana. Yo, por lo menos, contemplo con admiración envidiosa y melancólica a los artista "jardineros del yo", cuya vida pasa sin saber del clamoreo colectivo más que lo que el viento indiscreto suele traer en sus alas hasta el oído, atento sólo a percibir el rumor de las "voces interiores". Honda y delicada voluptuosidad la de vivir perpetuamente sumergido en esas aguas serenas y llegar a hacer así, del propio corazón, una alga rara que siendo cosa viva, parece flor de artificio o extraño adorno compuesto con sutiles encajes. Por excepción dichosa, tal cual vez, a la manera de regalado convite o paseo encantador todos hemos disfrutado y disfrutamos de esa absorción escogida. En mi organización psicológica, — tan múltiple y compleja como la de cualquiera en tiempos en que ser complejo es lo normal y vulgar, — hay también elementos que coinciden con los del artista contemplador del propio "yo", que se aprisiona voluntariamente en su Eleusis; pero esos elementos constituyen una subpersonalidad, que sólo se manifiesta en mi alma cuando no la acallan y dominan, por inhibición, otras tendencias con demasiada frecuencia vencedoras: la del pensamiento que, subyugado por lo exterior, nos impone preocupaciones ajenas a aquel dulce egoísmo; la de la pasión, que nos suspende como granos de arena, a nuestro pesar, en la ráfaga que pasa... Por eso la comunicación espiritual con un temperamento lírico exclusivo y constante, produce en mí un encanto peculiar que obliga, para con el poeta, mi agradecimiento. Tal es la sensación que me ha hecho tan grata la lectura de la mayor parte de las páginas de versos sobre que escribo.

Sé que la crítica de minucias no ha de cerrar los ojos para los defectos de este libro de inspiración, de entusiasmo, de espontaneidad. Los que por mi parte menos perdono al autor, son ciertos descuidos en el ritmo y la rima bien patentes, bien visibles para cualquiera, pero por

lo mismo indignos de convertirse en cargo grave contra quien ha probado reiteradamente su destreza para versificar. La crítica tendrá derecho para tenerlos en cuenta, pero no lo tendrá para justificar con ellos su avaricia de aplausos. Y aun cuando sea más severa con el autor, no podrá menos de reconocer, ante las muchas cosas bellas de este libro, que flota una indiscutible alma de poeta entre sus páginas, una hermosa e indiscutible alma de poeta. Con la publicación de la obra nos demuestra el autor que ha terminado para él el período de fervoroso noviciado. Ha recogido el fruto del cuidadoso cultivo de su naturaleza intelectual, y marcha ya segura y definitivamente orientado en la depuración y el desenvolvimiento de las tendencias de su gusto.

Y esa individualidad no será en lo sucesivo, como lo fueron tantas otras, un eco más o menos debilitado de lo que es al presentar su hermoso libro. Será más, será mejor. Tiene el amor sincero, que es garantía de la persistencia de la voluntad, y tiene el don de talento que con nada se substituye. Todas las posibilidades halagüeñas están sostenidas virtualmente en esas dos fuerzas todopoderosas. Por eso yo veo al viejo Tiempo sonreirle y le doy mi voto para muchos de los triunfos indiscutidos del porvenir.

¡Salud, en tanto, al libro nuevo que despliega las alas!

José Enrique Rodó.

EL LIBRO AMOROSO

EL ESPEJO DE LA PRIMAVERA

MEDIANOCHE. Quietud. Duerme la brisa.
Se adormece el azur en las corolas.
La luna, en el jardín, tímida irisa
Las fuentes circundadas de amapolas.

Desciende hacia el jardín, pura la frente,
Nimbada por un rayo de hermosura,
El peinador de lino, transparente,
Ciñendo la esbeltez de su cintura,

La virgen cuyos labios son promesa
De melífico jugo y de fragancia,
Que anuncia en su color pulpas de fresa
Y del iris revela la arrogancia.

Su serena actitud dice armonía,
Dulzura la expresión de su semblante,
Es el hada que llega, como el día,
Esparciendo fulgores de diamante.

Cruza el jardín bañado en áureo riego,
Contempla el cielo azul, mira las flores,
Se detiene un instante y piensa luego
En el dulce país de sus amores.

Es la imagen amable de la vida.
No hay nubes de tormenta en su camino.
De azul, como su peplo, está vestida
Y así va hacia el encuentro del destino.

Floraciones de sueños son sus ojos.
Tropeles de visiones sus pupilas.
Se anticipa su amado a sus antojos
Y le ofrece, al pasar, rosas y lilas.

Y ella sube la senda a paso lento,
Rítmico el busto, erguida la cabeza.
La envuelve el cielo límpido en argento,
Y los lirios ensalzan su belleza.

Aparición que causa a quien la mira,
Tan suave es su fulgor vívido de astro,
La emoción apolínea de la Lira
Y del brillo nupcial del alabastro.

Esclavos son los hombres de su imperio.
Sin querer vuela el beso hacia su falda.
Sus ojos son dos pozos de misterio
Y dogal amoroso es su guirnalda.

Nadie a su influjo resistirse intenta.
Diosa es que a todos rinden ciego culto.
La existencia sin ella fuese afrenta
Y el destino un sarcasmo y un insulto.

¡Oh, virgen de inviolable lozanía,
Gloria es verte bajar por la ladera
Rielando, como fina pedrería,
Tu magna y vaporosa cabellera!

Gloria es verte, cubierta de azahares,
Correr por la llanura, hollar los prados,
Esparcir por montañas y por mares
Tus vitales alientos perfumados.

Gloria es verte animar con la radiosa
Savia fecunda de tu joven seno
La sangre de la tierra prodigiosa
Donde el polen palpita como un trueno.

Gloria es verte ascender por los barrancos,
Ondular sobre vastos horizontes,
Asir en tus tentáculos los flancos
De las agrias laderas de los montes.

Gloria es ver que a tu influencia reverdecen
Los dionisíacos sueños de las almas
Y que a su soplo lírico se mecen
Con beatitud mirífica las palmas.

¡Oh, espejo vibrador como una estrella
Donde la imagen del amor se advierte,
Ligera aparición, rubia doncella
En lucha vencedora con la Muerte!

No has menester de túnicas sutiles
Para ornar tu belleza legendaria;
Basta verte bajar a los pensiles
Para alzar en tu honor una plegaria.

Tu boca con frescuras de jacinto,
Tus ojos taciturnos de violeta,
El paso de tu pie, níveo y sucinto,
El perfil señorial de tu silueta,

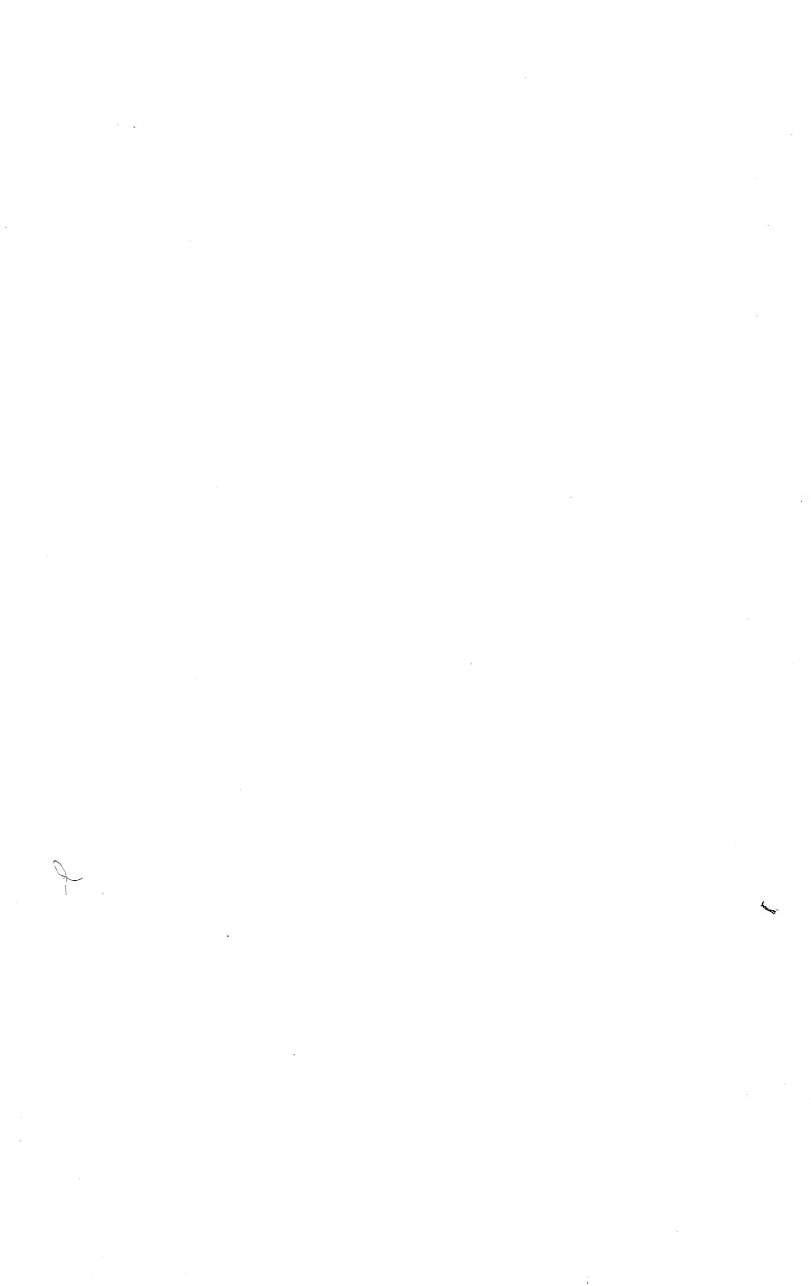
Te pregonan ¡oh! virgen la primera
Entre todas las reinas y las diosas,
Espejo de la dicha, Primavera,
Hermana del amor y de las rosas.

HELENA

Ojos azules como una estrella
De tropicales cielos vibrantes;
Cabellos lúcidos como diamantes
De Africa esfíngicamente bella;
Boca bermeja que el labio sella
Con besos rojos, como rubíes;
Frente magnífica, cual la de un busto;
Dientes que brillan cuando sonríe
Como las vetas níveas de augusto
Mármol brotado del suelo griego;
Suave mirada cual la de un riego
Que en agua clara jardines baña;
Mejillas rosas, como claveles
De las solares tierras de España;
Sangre bullente, sangre violenta,
De intacta estirpe reveladora;
Senos henchidos como bajeles
Surcando la onda acariciadora;
Cuello que al mármol infringe afrenta
Por lo impecable de su blancura;
Brazos redondos, tersos y fieles,
—Obra perfecta de una escultura,—

Hombros radiosos, hechos de nieve
Jamás hollada por pie ninguno,
Iluminados por un destello
Que se diría todo de luna;
Alma que vive sueño profundo
De amor ingenuo y exuberante,
En cuyo fondo hay una fuente
Perenne y honda de sentimiento.
Cuanto hay de amable, dúctil y bello
Dicen los rasgos de su semblante
Y de su dulce voz el acento;
Raro conjunto de maravillas
Y de ternezas espirituales.
Todo eso luce como una aureola
En los contornos de su figura,
De una belleza fuerte y sencilla
Como los frutos y los trigales.
Todo eso canta como una ola
De mi alma púgil en las orillas,
Y ejerce un nuevo poder ardiente
Sobre mi loca naturaleza.
Todo eso forma el rico tesoro
Que al mundo enseña como un trofeo
Valioso y fúlgido como el oro.
Por eso te amo, terriblemente,
Con todo el fuego de las pasiones
Que nos agitan a los treinta años.
Por eso he puesto bajo tu planta
De mis amores en holocausto,
Todo el encanto de mis visiones
Enardecidas por la esperanza.
Porque al mirarte, bella Atalanta,
Siento mi pecho, antes exhausto,
Llenarse nueva y súbitamente
De una alegría perturbadora
Que envuelve en brumas viejos engaños

Y en mi camino segura avanza.
Y al contemplarte purpúrea y riente
Como una rosa que abre la aurora,
Siento, divina gracia terrena,
Que te amo intensa y extrañamente,
¡Oh! Tú, que tienes por nombre, Helena.



LAS SIRENAS

(SAMAIN)

EMERGIENDO en la noche sus diáfanas blancuras
Las Sirenas venían retorciendo sus colas:
Y níveas y graciosas, entre las ondas puras,
Brillaban sus volutas cual vividas corolas.

El nácar de sus carnes, bajo el líquido espejo
Se irisaba, cubierto de perlas cristalinas,
Y sus senos tendían sus botones bermejos
Arqueando con lascivia sus formas opalinas.

Sus brazos suplicantes se abrían, virginales:
Sus cabelleras rubias flotaban entre flores,
Y el cuello descubierto, las narices sensuales,
Brindaban en sus ojos paraísos de amores.

Las liras se extinguían en el aire harmonioso,
Un perfume brotaba de la selva distante,
Y los viejos marinos sentían un dichoso
Beso aterciopelado posarse en su semblante...

Las Sirenas cantabañ... Allá, tras las montañas
Se oían los acordes de una arpa, lisonjeros,
Las olas desbordaban de armonías extrañas
Nublando las pupilas de viejos marineros.

Las Sirenas cantaban... Allá, tras de las rocas
Un hálito de flores desinflaba las velas;
Y el cielo reflejando en las olas sus tocas
De diamante, alumbraba las finas carabelas.

Las Sirenas cantaban, más y más dulcemente,
Sus voces amorosas lloraban en la brisa,
Y era un éxtasis dulce en que el alma, indecisa,
Estalla como un fruto maduro, de repente.

Y los barcos partían, envueltos en ensueños,
Hacia los horizontes ignotos, vaporosos,
Mientras allá, a lo lejos, ondulaban, sedeños,
En la playa de oro, los torsos amorosos.

Los hombres condenados sin piedad por la suerte
Encontraban en ellas un cortejo divino:
Y la nave se hundía con júbilo en la muerte
Cautiva entre sus brazos ligeros como el lino.

La noche embalsamaba... Allá, tras la bahía
Brotaban los acentos de una arpa, lastimeros,
Y el mar desarrollando sus ondas de harmonía
Tendía su mortaja sobre los marineros.

Las Sirenas cantaban... Pero pasó la hora
De la dulce agonía en las Sirtes serenas,
En que el mortal podía morir la embriagadora
Noche fatal amado por las blancas sirenas.

LEONOR

Amo tus ojos negros y dolientes,
Amo tu cuello de narciso en flor,
Amo tus labios rojos y tus dientes,
¡Leonor, Leonor!

Amo tu larga cabellera obscura,
Tu frente virgen de tirano amor;
Amo tu esbelta y rítmica cintura,
¡Leonor, Leonor!

Amo el misterio de tu voz undosa,
Encarnación divina del dolor;
De tus mejillas pálidas, la rosa,
¡Leonor, Leonor!

Amo tus manos vívidas, de nieve,
Su marfileño y suave resplandor;
Amo tu paso misterioso y breve,
¡Leonor, Leonor!

Amo el tenaz imperio de tu ensueño,
Bizantino palacio turbador,
A cuya puerta llamaré en mi sueño,
¡Leonor, Leonor!

Amo la llama de tus dos pupilas,
Infatigables en su extraño ardor,
Y en ellas la arrogancia que destilas,
¡Leonor, Leonor!

Amo tu tipo clásico de reina
Con esquiveces ríspidas de azor,
Y te amo cuando el viento te despeina,
¡Leonor, Leonor!

Amo la euritmia de tu cuerpo alada
Donde erigen los senos su esplendor
Bajo la noche astral de tu mirada,
¡Leonor, Leonor!

Amo la ardiente sangre de tus venas
Porque ella impulsa con vehemente amor
La fuerza con que rompes tus cadenas,
¡Leonor, Leonor!

Pero amo sobre todos tus encantos,
Sobre el milagro de tu carne en flor,
Tu alma llena de sueños y de cantos,
¡Leonor, Leonor!

IMAGENES

A mi hermano Jorge.

ROSTROS maravillosos,
Os evoco al pasar
Enigmáticos, bellos, prodigiosos
En la vasta ciudad, como poblada
De un murmullo de mar.

Bajo la seda fina, amortiguada
Del divino crepúsculo
De las tardes de invierno,
Oh! rostros milagrosos!
Cruzáis a nuestro lado
Dejando del minúsculo
Perfil que se os sospecha bajo el bello
Casco altivo, pesado
Del flexible cabello,
Una estela de gracia y de perfume,
Una huella profunda
Que luego nos persigue y obsesiona
Bregando por asir nuestra memoria,

Por alzarse triunfante en nuestra mente,
Por evocar la gloria
De esa imagen viviente,
De esa visión ya ida, .
Esfumada por siempre en el imperio
De la urbe fecunda,
Como un ensueño dulce de la vida
Impregnada de asombro y de misterio!

Oh! rostros de prodigio!
Oh! semblantes de amores!
Oh! espejos de emoción y de belleza!
Oh! extraños luminares
Que entrevieron, apenas, nuestros ojos
Al pasar fugitivos, y no obstante
Ya vivís la existencia turbadora
De los sueños de amor y de belleza.
¿Quién podría decir las singulares
Visiones de prodigio
Que arrancáis de nuestra alma al deslizaros
Furtivos, armoniosos,
En este árduo camino
Donde el dolor ahoga la alegría?
¿Quién, narrar la impresión de melodía
Que nos embarga el pecho,
Cuando cruzáis, radiosos,
Dardeando vuestras mágicas pupilas?
¿Quién pintar el divino
Instante de dulzura
En que el hombre presiente
Más que mira, asomar en vuestros labios
La sonrisa sutil, como un poema,
Lleno de acordes lánguidos y sabios?
La palabra más alta, la más pura,

No podría cantaros, fresca boca,
Que trascendéis a lilas,
Ni celebrar, ufana, la alba frente
De mística diadema,
Ni adunar el encanto que provoca
Vuestro extraño mirar, vuestra elegancia,
Que es a la vez clavel de Andalucía
Y lirio inverosímil de la Francia.

Oh! rostros seductores de mujeres
Apenas entrevistos,
¡Cuán intenso el encanto
Que de vosotras fluye, bajo el fino
Tesoro de ese manto
Que es vuestra luminosa cabellera!
Un instante, no más, la vista abarca
Vuestro aspecto divino,
Vuestro grácil contorno, vuestro escaso
Perfil evocador de primavera,
Y ya nuestra razón sufre y se agita
De vuestro ardor al rayo indefinible.
Yo no sé si sois rubia o sois morena,
Si evocáis el ocaso
O la mañana riente en el cabello,
Si el supremo destello
De vuestros lindos ojos
Refleja la serena
Superficie de un lago bonancible
O el tierno resplandor de una esmeralda,
Si vuestro níveo cuello
Imita la color de una azucena
O el rubor delicado de una rosa,
Todo eso, en fin, ignoro, mas ¿qué importa
Si al pasar os he visto deslumbrante

De hechizo y de blancura?
¿Si he sorprendido el vívido reflejo
De vuestros ojos grandes, obsesores,
Donde arde, misteriosa,
La llama de un amor, siempre segura?
¿Si he podido cojer, como un trofeo,
El aire señorial de vuestra hermosa
Silueta evanescente,
Seguida de esplendores?
¿Si he asido para siempre una pequeña
Parte de vuestra imagen soberana
Que está dentro de mí, que es toda mía,
Que ilusiona mi alma, cual sedeña
Irradiación de un astro
Enclavado en lo azul del firmamento;
Que es a la vez esencia y armonía,
Evocación y aliento
De vuestro ser en mi existencia humana;
Que no es más que la forma, más que el sueño
De una audaz fantasía,
Pero que me hace dueño,
Por la virtud ideal del pensamiento,
De cuanto hay de más caro en vuestra regia
Persona hecha de luz y sentimiento?

Rostros maravillosos
Que atravesáis las calles
Presurosos
De la ciudad tonante, febriciente
En su pasión obscura,
¿Podré yo en la vejez, falta de halago,
Contemplar cual ahora
La luz de vuestros ojos, refulgente
Como el brillo de un astro en la negrura
Impenetrable y lóbrega de un lago?...

LA DAMA FIEL

A Hélène.

CUÁN me place escucharte, mi fiel, mi dulce dueña,
En medio de esta calma nocturna, misteriosa.
Afuera, en los jardines, la blanca luna sueña,
Adentro, nuestra vida se esfuma, silenciosa...

El viejo idilio tiene ternezas todavía
Inéditas y puras para nuestro cariño.
Hoy, como ayer, tu eres mi copa de ambrosía
Y en tus brazos me ofreces suavidades de armiño.

Duro ha sido el destino, constante el infortunio
Que ha herido nuestras almas en lo hondo, intensamente.
Bañó el dolor en ellas su frío plenilunio
Sin agostar, empero, su ardor resplandeciente.

Broquel inquebrantable, sutil y fuerte escudo
Contra todos los golpes, fué nuestro amor sereno.
El odio de los hombres lanzóle el dardo rudo
Y el vaso de amargura tendióle el mundo lleno.

Mas nuestro amor sincero supo trocar en lirios
Las punzantes espinas, en lirios de ternura,
Desplegando por sobre nuestros grandes delirios
Nuevos velos de gracia y de extraña ventura.

Impulsados por este sentimiento supremo,
Trepamos las laderas de la abrupta montaña,
Confundiendo en un beso, de un ardimiento extremo,
La indecible amargura y la obstinada saña.

¡Oh, mi dulce adorada! ¡Oh, mi sacro tesoro,
Tus pupilas contienen el bien que yo deseo,
En tus labios purpúreos y tus cabellos de oro
Palpita y se aprisiona todo mi devaneo!

Alza tu voz y canta esas bellas canciones
Que tienen en sus notas perfumes de leyendas.
Evocan de países brumosos las visiones
O dicen de piadosas y tocantes ofrendas.

¡Cuán me place escucharte, mi sola bien amada,
En mitad del silencio del cálido aposento!
Tu voz grave susurra profunda, acongojada,
Vertiendo las dulzuras sonoras de su acento.

Del aire que tus labios detallan con encanto
Contemplo levantarse tus patrios horizontes.
Por eso en los suspiros enormes de tu canto
Hay trozos de sus costas, sus cielos y sus montes.

Tu espíritu armonioso palpita como un ave
Al narrar la nostalgia de la playa lejana,
Y tu voz la traduce ora bronca, ora suave,
Semejante al tañido de una triste campana.

Sumergido en el hondo deleite de tu arrullo
Apenas si mis ojos se atreven a mirarte.
¡En ese inenarrable y celeste murmullo
Está oculto el enigma poderoso del arte!

Prosigue, amada mía, la canción plañidera
En que besas el nombre de tu suelo sagrado.
Se diría, al oirte, que es su vasta pradera
Quien te presta su soplo cadencioso y alado.

Entretanto mi alma, de la tuya obsedida,
Asciende por la escala de tu emoción vibrante,
Sintiendo la tristeza sin fondo de la vida,
Palpando las tinieblas de un mundo agonizante.

Extraños a los seres que observan nuestros ojos
Se enlazan nuestras vidas, cual ramas de un boscaje.
El mismo sol nos baña con sus destellos rojos,
Un cielo igual proyecta sobre ambos su celaje.

Sobre el antiguo encono de juventud opima
Que enardeció la sangre bermeja en nuestras venas,
Hoy desciende la tarde, como sobre una cima,
Tornando en blancas rosas las sedientas verbenas.

Una brisa apacible conduce nuestra barca,
La estrella solitaria la ilumina al pasar,
Mas su piloto ignora si su mirada abarca
La noche y si están lejos los escollos del mar.

Por ello, vida mía, levanta esos cantares
Que mecen nuestras almas de amor y de confianza.
¡Bajo su unción piadosa los negros avatares
Se adornan con estrellas de vida y de esperanza!

Murmura en tu lenguaje dilecto y melodioso
Las cuitas que laceran tu corazón cautivo.
¡Desgrana en la alta noche el ritmo melodioso
Que embriaga y adormece mi pecho sensitivo!

Te escucho ensimismado en un grávido ensueño
Donde flotan fragmentos de tu romanza bella
Y quisiera llevarte, para colmar tu empeño,
De un vuelo hacia la tierra que en bravuras destella.

Pero ¡ay! que el Simo adverso se opone, vida mía,
Dejando su amargura gotear dentro del alma.
Quizás mañana pueda la luz de un nuevo día
Verter en nuestros pechos la bienhechora calma.

Suspenso de tus ojos, ceñido a tu cintura,
Ligadas nuestras vidas en un solo destino,
Iremos en la gloria o quizá en la amargura
Deshojando guirnaldas de amor en el camino.

ANITRA

A Mauricio Nirenstein.

Nirenstein me enseñó el ***Talmud***
Y es hoy un grave catedrático.
Díaz Romero sigue extático
Pulsando su dulce laúd.

RUBÉN DARÍO.

La sala ilumina destello de argento.
El vaso de jaspe bruñido cintila.
El rey languidece de amor en su asiento
Dardeando nervioso su negra pupila.

Tapices espesos decoran los muros.
Perfumes de mirra la estancia embalsaman.
Bajo áurea techumbre de tonos obscuros
Las lámparas rojas su lumbre derraman.

Esclavas de Asiria custodian las puertas.
Calladas y graves desfilan las finas
Hieródulas núbiles de plantas alertas,
De gráciles muslos y bocas felinas.

Silencio profundo circunda el palacio.
Los guardias se miran inmóviles, fieros.
De lo alto desciende fulgor de topacio
Dorando las armas de antiguos guerreros.

Movible reflejo de esmaltes y gemas
Erige en la sala del trono su imperio,
En la sala ornada de viejos emblemas
Y henchida a las veces de denso misterio.

A pasos menudos, sonrientes y leves,
Entre los encajes de su vestidura,
En las vastas salas de sombras aleves
Avanzan doncellas de rara hermosura.

Heraldos y pajes crujientes de seda,
Hermosas esclavas de cándida piel,
Heteras graciosas, rivales de Leda,
Soldados ciñendo fragante laurel,

Invaden el regio salón del castillo,
Radiente de luces, llameante de oro,
Cual una diadema que ostenta su brillo
O el fúlgido alfange de un príncipe moro.

El alto monarca de largos cabellos,
Gallarda apostura, mirada de halcón,
Aguarda en la sala de vivos destellos,
Los ojos preñados de dulce visión.

Al verle las gentes su nombre pronuncian.
Su altiva arrogancia provoca un rumor.
¡Silencio! las claras trompetas le anuncian,
Al trono se acerca soberbio el Señor...

Su traje reviste sin par pedrería.
Su pecho deslumbra, sus ojos también.
Su porte denota pasión, osadía,
La gloria parece nimbarle la sien.

Crispada en el labio vése su sonrisa.
Su mano acaricia la daga sutil
Que pende a su flanco, la daga sumisa
Tajante en la lucha, temida entre mil.

La sala se colma. Gentiles mancebos
Inclínanse al paso de airosas doncellas,
Y un grupo armonioso de suaves efebos
Sonríe a las damas y asedia a las bellas.

El rey, entre tanto, medita en el trono.
Su ardiente mirada traduce pesar;
Diríase extraño al muelle abandono
De cuanto circunda su torvo mirar.

De pronto su frente real palidece,
Su cuerpo recorre ligero temblor.
Su frente se nubla, su boca parece
Crisparse en un gesto sinuoso de amor.

La gente contempla del rey el semblante
Que expresa una enorme doliente ansiedad;
Anitra, la rubia princesa, su amante,
Penetra en la sala y él dice: "bailad,

Entonces Anitra, la bella princesa
De extrañas pupilas color de zafiro,
Cuya ánima ignota cautiva, embelesa,
Sensual entre todas las hijas de Epiro,

Avanza hierática, los pies como rosas,
El cuerpo ondulante, lascivo, desnudo,
Cubierto tan solo de piedras radiosas,
Fulgente y pujante cual índico escudo.

Y danza ¡oh prodigio, visión peregrina!
En nieve su cuello parece esculpido.
Al ritmo cadente se enarca divina
La curva del seno pequeño y tendido.

El rey la contempla, pero ella no advierte
La asidua mirada quemante del rey.
Un éxtasis pone de olvido y de muerte
Anitra en la danza que pasma a su grey.

Siguiendo el ritmado compás de la danza,
Su cuerpo oscilante parece una flor.
Como una serpiente flamígera avanza
Envuelta en su mismo cambiante esplendor.

Bailad oh princesa! rival del Oriente,
Asid vuestros crótalos, alzad vuestros velos,
Danzad, que al miraros un líquido hirviente
Enciende mi sangre, suscita mis celos".

La gente la admira, el rey la codicia,
Mil ojos la acechan con loca avidez,
Morir quiere un paje por una caricia
En esos sus labios, en esa su tez.

Más ella parece no ver, impasible
A cuanto la cerca, fundida en el son
Del ritmo que mece su cuerpo flexible,
Flexible y huyente como una ilusión.

De pronto se para, su labio sonríe,
Palpita su cuerpo, se crispa después.
Un gozo inefable su boca deslíe.
El príncipe amado se ha muerto a sus pies.

El rey lanza un grito, la sala se agita,
Estalla un sollozo de angustia mortal,
¡Miradla, en un gesto de gracia infinita
Anitra en su pecho clavó su puñal!

EL LIBRO TRÁGICO

1914 - 1918

IMPRECACION SACRA

A Alvaro Melián Lafinur.

En extraño paisaje de misterio
Brotó la nota del laúd sonoro.
La noche recamaba su alto imperio
Encendiendo sus lámparas de oro.

El soñador surgió tras la colina
Triste el semblante, pálida la frente,
Iba a decir su pena peregrina,
Como el ave que canta al Sol poniente.

Silencio prodigioso lo envolvía.
El lugar era agreste y solitario.
La Luna castamente se cubría
Y el cielo era un fantástico sudario.

Trémulo el labio, insomne la mirada
Porque eran angustiosos sus pesares,
El aeda del alma apasionada
Y presa de siniestros avatares,

Alzó en sus manos místicas la lira
Con que entonaba su armonioso canto,
El canto que en la cítara suspira
En quejumbroso, desolado llanto.

Pero al ir a cantar, de la ladera
Vió venir hacia él, sonriente y grave,
Un coro singular, níveo, a la vera
De la pendiente, vaporoso, suave,

Compuesto de las nueve Musas bellas
Que moraban no lejos del paraje
En que a veces él daba a las estrellas
Su canción, como un pájaro salvaje.

Ante esa aparición calló su boca;
La cuerda no vibró bajo su dedo;
Llenó su corazón una ansia loca
Y sintió al mismo tiempo extraño miedo.

Miedo tuvo el Orfeo taciturno
De interrogar las vírgenes extrañas
Que en el silencio diáfano y nocturno
Bajaban de las ríspidas montañas,

Acaso porque había en sus semblantes
Y en el lánguido ritmo de su paso
La tristeza que impera en los instantes
Dolorosos y breves del ocaso.

Empero la belleza y la lozana
Juventud de sus cuerpos diamantinos,
No era la flor magnífica y temprana
Del Amor, perfumando los caminos,

La que alzaban sus manos candorosas
Al trepar bajo el cielo de zafiro,
Sino la de las cuitas misteriosas
Ahogadas al nacer como un suspiro.

Sus ojos de llorar estaban yertos,
Sus cabellos caídos de amargura,
Sus labios suplicantes, como muertos,
Y doliente y ajada su hermosura,

Porque todas traían en sus ojos
Visiones de exterminios y de estragos,
Y en el fondo del alma los más rojos
Panoramas de crímenes aciagos.

Todas ellas venían impregnadas
Del llanto pavoroso de la Tierra,
Y en sus pupilas tétricas grabadas
Traían las visiones de la guerra.

Llegaban de países muy lejanos,
Conocían los cielos orientales,
Habían remontado los oceános
Salvando de mil pueblos los umbrales.

Contemplaron en su éxodo diversas
Costumbres y contrarias religiones;
Vieron las razas tristes y dispersas
Del mundo en las más varias direcciones.

Y de todo ese viaje las dolientes
Criaturas de amor no habían guardado
Más que un recuerdo lúgubre en las mentes
De sangre y de tiniebla coronado.

¡Ah! esos espectros del horror antiguo
Impresos en sus lánguidas pupilas
Gritaban su dolor en el exiguo
Lenguaje de sus labios de sibilas.

Doblegaban sus frentes bajo el duro
Peso de sus visiones de matanza,
Borrando poco a poco el perfil puro
De la dulce y simbólica Esperanza.

Mas he aquí que adelantan desplegando
Bajo el azul turgente sus bellezas,
En tanto el trovador sigue mirando
El aire señoril de sus cabezas.

Unas visten de blanco, como el lino
Que brota del vellón de los corderos,
Otras de leve azul, como el divino
Resplandor de los más finos luceros.

Aquélla tiene brazos de azucena
Con que imprime graciosos movimientos,
Y estaotra vierte encantos de sirena
De sus gestos sonámbulos y lentos.

Mensajeras de amor, como las diosas,
Se aduermen de tristeza y de armonía,
Ahí están ruborosas como rosas
Abiertas bajo el sol de mediodía.

Ante el creciente asombro del poeta
Entonan de repente un himno extraño,
Donde una pena bárbara y secreta
Traduce un espantable desengaño.

Luego prorrumpe el misterioso coro
De las Musas, asidas de las manos,
Mientras sube en la noche su voz de oro
Y huella el pie los cármenes lozanos:

"¡Oh! Poeta, perdón, si hasta este asilo
Del que has hecho tu templo venerado
Distante de los hombres, no vacilo
En distraer tu ensueño acongojado.

"Dulce es la voz que canta por tu lira,
Elevados y sabios tus cantares,
Bella y noble la Ninfa que te inspira
Y tu fama más vasta que los mares;

"Suspende, sin embargo, tus loores
En pro de tus ensueños, canta sólo
Del Universo enfermo los dolores
Con la vibrante cítara de Apolo.

"Mientras la triste Humanidad sucumba
En delirio infernal y sanguinario,
Tú debes levantarte de la tumba
Vibrando tu clarín extraordinario!

"¡Anatema sea el grito poderoso
Que arrojes a los vientos ululantes;
Anatema el apóstrofe estruendoso
De tus futuros cantos trepidantes!

"'Anatema, anatema sobre aquellos
Que hicieron derramar llanto a raudales,
La maldición de Dios caiga sobre ellos,
Si ellos son los que causan tantos males.

"No haya tregua, Poeta, en tu camino.
Fulmina sin piedad el crimen ciego,
Luchar heroicamente es tu destino
Alzando a la Razón ferviente ruego.

"Tu misión desde hoy es grande y santa,
De ternura y de amor hacia el caído,
Mas, cada vez que tu alma diga: canta,
Debes sentirte de odio estremecido.

"De odio hacia aquellos que impusieron leyes
De venganza y de muerte entre los hombres.
Y empujaron al crimen mansas greyes
Sin saber por qué causas ni en qué nombres".

Así dijo la voz de las doncellas
Airada por lo trágico de la Hora,
Mientras alzaba el bardo a las estrellas
Su frente noblemente pensadora.

ELEGIA HEROICA

(*A una joven belga*).

Las lágrimas que surcan tus mejillas
De pétalos de rosa y alabastro,
Son acres como el mar de anchas orillas.

Ellas dicen tu pena, como un astro
En el misterio baña de la sombra
Un secreto dolor sin dejar rastro;

Esparcen tus tristezas en la alfombra
Intangible y flotante de la noche
Que en su silencio fúnebre te nombra,

Vituperando en su áspero reproche
La indiferencia vil de aquellos seres
Que de vano egoísmo hacen derroche.

Acentos de profundos misereres
Podrían sólo acompañar tu llanto
Y el llanto de las míseras mujeres

Que gimen, como tú, su hondo quebranto
En medio de fantásticos escombros
Donde el buitre voraz infunde espanto.

Al desgarrar el manto de tus hombros
La impúdica codicia ha descubierto
Su hermosura real, hecha de asombros,

Como al hollar tu patria su pie yerto,
Convirtió en monumento de la historia
Su abnegación y su heroísmo cierto.

La ruina de tu hogar, campo de gloria,
Eleva al cielo su imponente grito
Y anuncia en su derrota la victoria.

El duelo de tu patria es infinito,
Pero es más gigantesco todavía
Su amor de libertad. Viento maldito

De destrucción sopló sobre la umbría
Región de sus magníficos vergeles
En noche de miseria y agonía.

Como un tropel hambriento de lebreles
Cruzó el bárbaro ejército su suelo
Incendiando sus bosques de laureles.

Espantoso clamor alzóse al cielo
Ante la horda infernal a cuyo paso
Surgía sobre el mundo un negro velo

De tempestad caótica, un ocaso
De tiniebla, de horror y de pavura
Como antes no se vió. Sobre el escaso

Pero heroico pedazo de tu dura
Tierra viril, rebelde y floreciente,
La guerra se abatió como una impura

Pantera ebria de sangre. Lentamente
Con extraña fruición, bebió la savia
De sus hijos mejores y en la fuente

De rico corazón, su lengua sabia,
Se abrevó como en una copa de oro
Llena de miel y leche de la Arabia.

Y el ábrego pasó, rudo y sonoro,
Volcando las famosas catedrales
Y en polvo convirtiendo su tesoro.

Sus alas, poderosas y fatales,
Tornaban las ciudades en pavesa,
Como en los viejos tiempos patriarcales

La lava del volcán, roja y espesa,
Sepultaba las urbes señaladas
Por el dedo de Dios. Y bajo esa

Explosión formidable, las amadas
Campiñas de Namur, las industriosas
Regiones de Brabante alucinadas,

Las ásperas llanuras misteriosas
De Flandes inmortal, rico en leyendas,
Como el suelo de Francia rico en rosas,

Empapaba en la sangre cada senda
Y en osario siniestro convertía
Sus calles, sus palacios y sus tiendas.

Mas tu patria fué grande en la porfía,
Estoica en el dolor, bella en la lidia,
Inquebrantable y fiera en su agonía.

De pie sobre las ruinas y la insidia
Del feroz enemigo aún combate
Causando al mundo generosa envidia.

Una alma colosal, hímnica late
En ese pueblo de varones rudos
Que así se opone al tempestuoso embate.

Sus hombros lacerados y desnudos
Como un manto imperial que la canalla
Estruja, llena de rencores mudos,

Se erguirán como impávidas murallas,
Ante el fuerte invasor, en la futura
Y la más singular de las batallas.

Y entonces, en tu tierra de amargura,
Volverá a germinar, mística y rara,
La flor de los ensueños de blancura,
La flor eterna de la Luz preclara.

APOSTROFE

(A un inventor célebre)

LEVANTARÉ de nuevo mi palabra
Estremecido de dolor inmenso,
Para mostrar tu crimen inaudito
Y cobarde a la faz del Universo.

Mil voces sobrepujan a la mía
Y llegan iracundas, como un trueno,
Del orbe consternado, demandando
Para Alemania el fuego del Infierno.

No ha de quedar impune eternamente
La explosión de los odios más cruentos,
Ni el bárbaro delito sin la justa
Condenación que exige de los pueblos.

Yo que nací en la América libérrima
Y me sé de una estirpe de guerreros,
No guardaré silencio ante el oprobio,
Ni a mi torvo rencor opondré freno.

Diré que la Alemania fulgurante,
Maravillosa y grande de otros tiempos,
La Alemania viril de los burgraves
De largas barbas y pujantes pechos,

Aquella que en las luchas seculares
Por forjar la grandeza del Imperio,
Supo ser a la vez fuerte y heróica,
Como un cruzado y noble caballero,

No es la misma Alemania que asesina
A Flandes inmortal dentro sus feudos,
Arrojando sobre ella sus mesnadas,
Cual bandada famélica de cuervos,

Y se abate después, cruel y terrible,
Como el pico voraz de un carnicero,
Sobre la hermosa Francia que sonríe
Ajena a la traición, ciega al acecho,

Mas que sabe rehacerse, sin embargo,
Con ímpetu triunfal y un muro espeso
Oponer con el pecho de sus hijos
Al colosal empuje de su ejército.

La guerra sin piedad, la guerra infame,
Con que Alemania lucha con empeño,
Llevando la pasión del exterminio
A límites absurdos y perversos,

Esa guerra brutal, sorda, deicida,
Que adopta con fruición todos los medios
Y convierte a los hombres en vampiros
O en roedores inmundos y rastreros,

Esa guerra que tiene por escena
El húmedo escondrijo del insecto,
Y ensaya en las cavernas tenebrosas
Su satánico y vil experimento,

Esa guerra de fondos subterráneos
Y de gases cargados de veneno,
En que Alemania muestra el alto grado
De ciencia, que celebra el mundo entero,

Revela una Alemania corrompida,
De soldados feroces y pequeños,
Incapaz de medirse noblemente
Bajo el azul magnífico del cielo.

Ella espera las sombras de la noche
Para alzarse, cual buitre gigantesco,
A distancias enormes en sus globos,
De las nubes expiando el hondo sueño.

Y desde allí, perdidos en las nubes,
Cabalgando anhelantes en el viento,
Cuando saben que nadie los contempla,
Que nada rasgará el vasto silencio,

Entónces, sólo entonces, fríamente,
Los criminales ojos bien abiertos,
Dejan caer la muerte solapada
Sobre aquellos que duermen en sus lechos;

Y una vez realizada esa proeza
Los bravos navegantes huyen presto,
Dejando en las ciudades sorprendidas
Cadáveres de niños y de viejos.

¡No! Esa Alemania no es la legendaria
Que impuso el áureo, el poderoso cetro
Del grande Barbarroja a las naciones:
Es la torpe Alemania de Guillermo.

EL REY FUERTE

(Alberto I de Bélgica)

A mi esposa.

Cual antorchas flameantes que agitan las lenguas del viento
En mitad de una noche profunda de bregas triunfales,
Resonó por el ámbito enorme del mundo su acento
Como un himno sagrado y vibrante de ardientes metales.

Era un rubio monarca de extrañas pupilas azules
Quien lanzaba a los aires su reto fulmíneo y valiente,
Y bajo un cielo argentino tendido de diáfanos tules
Desnudaba, magnífico, su espada veloz y luciente.

La montaña invasora que avanza a aplastarle, tremenda,
Allá en medio de altivos guerreros, de bravos soldados,
No hará vacilar un instante en esa alma auroral de leyenda
Los cariños insignes que en ella se encuentran grabados.

Como trombas feroces que bajan del monte a la sima
Se desploman a un tiempo, rugientes, las hordas teutonas,
Sobre el suelo de Flandes, heroico, que esconde en su víscera opima
El metal con que forjan los libres países las claras tizonas.

La historia del orbe no guarda en sus páginas frías
Un ejemplo más triste, más negro, más lleno de espanto,
Que el paso terrible de aquellas legiones sombrías
Dejando tras ellas dolientes vestigios de ruina y de llanto.

Diríase, empero, que el Rey Caballero se yergue más alto
Cuanto más implacable se muestra con El el destino,
A manera de inmensa columna de hierro y basalto
Que sufre impasible las iras del ábrego andino.

¡Y aun no pudo su espada cortar la cabeza monstruosa
Del gigante que huella con osado ademán su Nación!
Ella es siempre, no obstante, la espada cien veces gloriosa
Que en sus manos reales palpita como un corazón.

Podrá el bárbaro blondo degollar sin piedad en sus muros,
Con sus manos innobles destrozar los divinos altares,
En sus hijas hermosas y fuertes aplacar sus instintos impuros,
Y llenar de espantosos gemidos sus pacíficos lares,

Pero nunca, jamás, mientras brillen radiosos los astros,
Podrá el fiero germano doblegar tu cerviz soberana,
Ni extinguir de tu ruta de heroísmo sublime los rastros,
Ni arrancar de tu frente la aureola de luz meridiana.

EL BUQUE ENCADENADO

Al Dr. Francisco Beiró.

Oh! viejo mar sonoro, — dice el vasto navío
Anclado y prisionero en la costa del río. —
¡Oh! Leviatán monstruoso de cóleras rugientes,
De espaldas formidables y falaces pendientes.
Yo soy el potro alado que ayer no más hendía
Con sus cascos de bronce la onda mágica y fría,
Y llevaba, triunfante, sobre tus tersos flancos
Los sueños del progreso, luminosos y blancos.
¡Oh! mar, glauco y terrible, ¿recuerdas mis hazañas?
Domando tus furores, rompiendo tus montañas
Cien veces más rebeldes, más altas y más duras
Que las que se levantan en las tierras obscuras,
¡Oh! mar, yo transportaba sobre tu espalda densa
Los magníficos frutos de una cosecha inmensa.
Ardiente y jubiloso, como un joven monarca,
Vaciaba a cada etapa del camino mi arca,
Vertía de mi vientre fecundo dulces granos,
Colmaba de presentes las palmas de las manos,
Llevaba, donde quiera mi paso detuviera,
Anuncios de esperanza, rosas de Primavera...

¡Oh, mar maravilloso! ¡Oh, abismo tempestuoso!
Yo soy el caballero que sobre el lomo undoso
Del Elemento ciego osó poner sonriente
La espuela vengadora de su talón potente.
Batido por las iras salvajes de los vientos,
Por torvos huracanes preñados de lamentos,
Sentí crugir el mástil, rugir la arboladura,
Besar la muerte helada sobre su boca obscura.
Mas eso me dió nuevos impulsos y valores
Para trepar la cumbre de todos tus furores.
Altivo y trepidante bajo mi negro acero
Marchaba a la conquista como un ágil guerrero.
La paz y la riqueza me prestaban sus alas
Para surcar más presto las gigantescas salas
Del espacio. Las auras del lejano horizonte
Hinchaban, saturadas de perfumes del monte,
Las velas temblorosas de mis hombros tendidos
En un esfuerzo púgil de amores encendidos.
Gallardo y armonioso como un sol que revienta
En púrpura y en oro tras sinuosa tormenta,
Iba yo, sudoroso, forjador en mi fragua,
Surcando los dominios tenebrosos del agua,
Jadeante pero firme bajo mi carga opíma,
La proa hacia la aurora, la quilla hacia la cima,
— América, Cipango, Golconda, rutas de oro,
Escalas donde vuelco sin tasa mi tesoro,
Reciben y me ofrendan sus frutos lujuriantes;
¡Oh, gloria de los trigos! ¡Oh, luz de los diamantes!

Entretanto ¡oh silencio! ¡oh tristeza de muerte!
Un designio inflexible me condena a la inerte
Quietud dentro del dique de las patrias bahías.
¡Oh sueño pavoroso! Las claras gallardías
De un pasado orgulloso, rico en nobles proezas,
Yacen hoy sepultadas bajo enormes tristezas.

La guerra me condena a tedio y pesadumbre.
Por mis nervios viriles, poco a poco la herrumbre
Filtrará su veneno corrosivo; metales
Bruñidos como lamas de sutiles puñales;
Calderas fulgurantes donde el líquido hervía,
Maderámen precioso en que el viento solía
Quejarse con acentos de grandeza profunda;
Timón infatigable que mientra el mar inunda
Con sus trombas feroces el puente todo entero,
Continúa trazando su fijo derrotero;
Jarcias, mástiles, todo lo que es movimiento,
Acción, fuerza, dominio del inquieto elemento,
Yace envuelto en el polvo como en triste sudario.
Dame, oh mar, el destino del temido corsario,
La muerte en el combate, el fragor de la onda
En medio de la brega, vertiginosa y honda,
Dame el placer heroico de morir como un fuerte
Que desdeña la vida y no teme la muerte,
Antes que la ignominia de perecer anclado
Como un buque cautivo que la patria ha olividado".

Así habló desde el fondo de su sitio industrioso
La nave que cruzara el seno proceloso,
Llevando en sus entrañas los frutos que la tierra
En su matriz fecunda pródigamente encierra.
Había en el acento de su voz prodigiosa
Un grito de protesta suprema y dolorosa.
El buque, como un hombre amarrado a un madero,
Lanzaba a los espacios su grito plañidero,
Culpaba a los humanos de su infortunio aciago,
Y al mundo enloquecido del ominoso estrago.
¡Ah! la nave habituada a domeñar los mares,
A hollar bizarramente sus negros valladares
En las noches tremendas en que el ábrego azota
La recia arboladura hasta créersela rota;

¡Ah! la nave, que otrora transportara en su seno
La mies y los metales, lo que a Dios era bueno,
No podía sentirse inmóvil y sin vida,
Sin enrostrar al hombre su locura homicida.

....

El hombre convertido en lobo nada oía.
Sobre la faz del mundo todo era carnicería.
Los seres se mataban entre sí como perros.
El buque anheló el fondo del mar como destierro.
Dolor, crimen y sangre sollozaba la Hora...
La muerte se erigía en invicta Señora...
Cayó sobre la nave ahogando su reproche,
El manto invulnerable, piadoso de la noche.

LA ESTATUA

A mi hermano Ricardo.

En su antigua mansión de jaspe y oro
Custodiada de guardias y lacayos,
En su adusto castillo, cuyas torres
Se yerguen sobre altísimos peñascos,
El rubio emperador, la faz sombría,
Medita en sus salones de damasco.
Reina un silencio trágico y profundo
En las graves estancias del palacio,
Y la noche que avanza, lentamente,
Envuelta en las tinieblas de su manto
Como una viuda triste y dolorosa,
Pone en todo su sello funerario.

Extraña palidez cubre la frente
Del altivo señor de gesto airado;
Arde fija la luz de sus pupilas
En sus ojos azules y tiránicos,
Mientras su boca ensaya una sonrisa
Bajo el vivo fulgor del candelabro
Y un inquieto temblor de pronto agita

Su cuerpo real de púrpura ataviado.
Cortejos de terribles pensamientos
Y visiones de crimen y de estrago
Parecen desfilar ante la absorta
Mirada fría de sus ojos claros.
Mira pasar ejércitos enteros
Llevados a la muerte por su mano,
Y contempla, de espanto estremecido,
El cáos que su genio ha provocado,
Un cáos formidable en que perecen
Los pueblos más ardientes y lozanos
Y en que se hunde la gloria de su raza
Como un buque que traga el oceano.

Por la primera vez en su existencia
El fiero emperador de un pueblo manso
Que supo, empero, realizar proezas
Y ceñir en su sién el noble lauro,
Comprende que ha llegado el duro instante
De purgar la injusticia de sus actos
Respondiendo ante el Dios del Universo
Del gran dolor que llena los espacios.
Varias veces intenta inútilmente
Alejar de su mente esos fantásticos
Pensamientos que pueblan su cerebro
Punzando su alma de martirio aciago;
Varias veces procura desasirse
De su conciencia cruel, como un calvario,
Que muestra ante sus ojos implacables
El crimen de su espíritu satánico;
Varias veces anhela el rey demente
Cortar del mundo los siniestros lazos
Que ligan al delito más horrendo
De la Historia su nombre repudiado,
Pero todo es en vano, su conciencia

Le roe el corazón, como un gusano,
Y exhibe ante sus plantas un abismo
De innúmeros cadáveres colmado,
En su loco delirio de conquista
Y de poder espléndido y cesáreo.

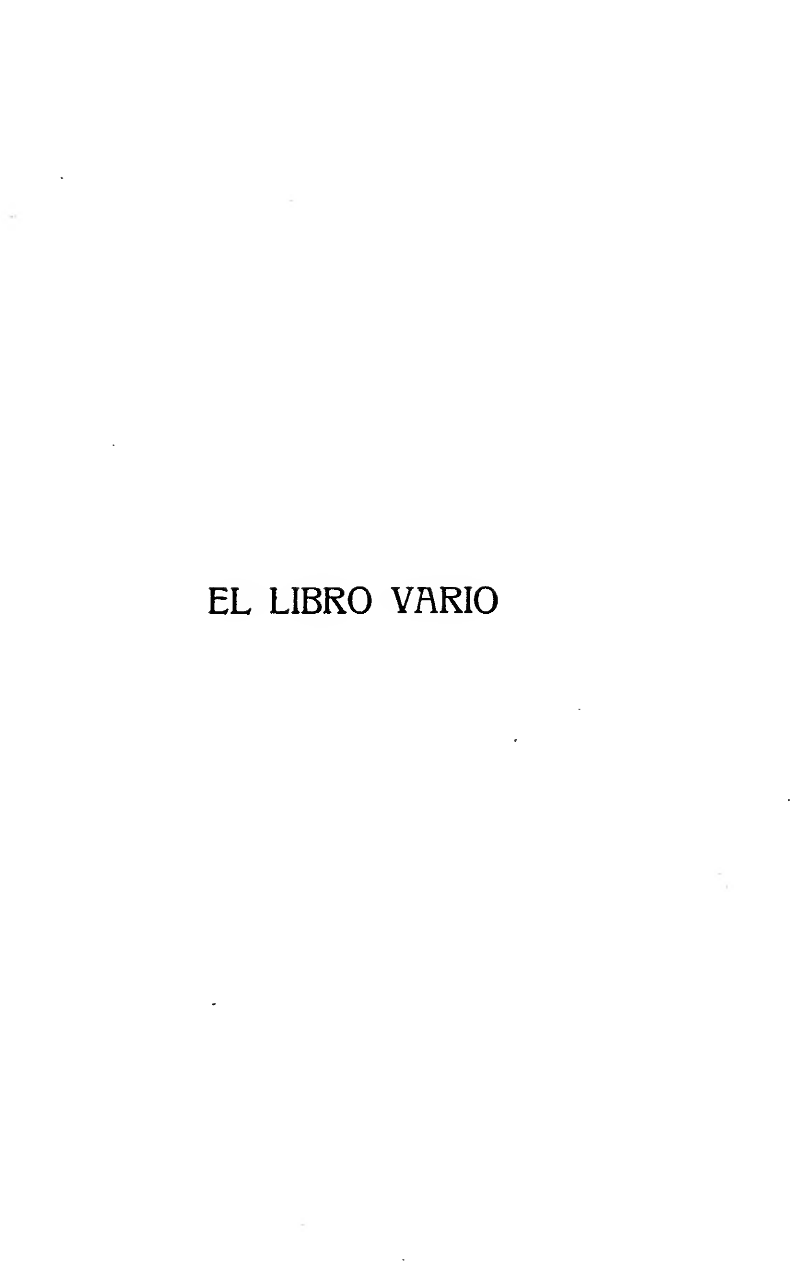
Sólo entonces el bárbaro monarca
En la cámara real, donde soñaron
Sus sueños de dominio y de grandeza
Otros reyes de timbres más preclaros,
En que el áureo reflejo de los cetros
Se alzaba bajo impávidos retratos
Destacando vetustas armaduras
Y estatuas de impecables alabastros,
Sintió por vez primera el peso enorme
Del insondable crimen perpetrado.

Para aliviar en algo su conciencia
Fué a pedirle consejo a un viejo mármol
Que encerraba la rígida figura
De un ilustre, inmortal antepasado
Que enriqueció la historia de su pueblo
En difíciles tiempos legendarios.

Con paso decidido pero el rostro
Del torvo emperador un poco pálido,
Reluciente de oro y pedrería
Dentro su traje, la tizona al flanco,
Marchó hacia el sitio en que la grande estátua
Del rey alzaba su imponente brazo.

— Ilumíname, dijo, al acercarse,
Tú que fuiste glorioso y fuiste sabio, —
Mientras clavaba sus azules ojos
En la frente magnífica del mármol.

Por única respuesta el rey glorioso
Sacudiendo su sueño de cien años,
Dejó caer, como castigo eterno,
Sobre su rostro lívido, la mano.



EL LIBRO VARIO

LA PRIMERA LÁGRIMA DE DON JUAN

El púgil caballero de corazón de fuego,
De rizos opulentos y apolínea estatura,
Aquél que ahogó en caricias voluptuosas el fuego
De las vírgenes llenas de candor y hermosura;

Perdida la firmeza de su físico griego
Y la fina arrogancia de su esbelta figura,
Fué a sentarse una noche de amoroso sosiego
Frente a una joven dama, ni agraciada ni pura.

Don Juan, el temerario burlador de doncellas,
Clavó en ella sus ojos de luz como centellas,
Y largo instante, inmóvil, mirándola quedó.

Pero la dama al verle se levantó, impasible,
Mientras por las mejillas de Don Juan, inflexible,
La lágrima primera de su vejez rodó.

EL CARDENAL

(*Al gran espíritu del actor Garavaglia*)

De Médices altivo el noble tipo entraña.
Su traje de escarlata parece un arrebol;
Sus ojos son dos llamas, su voz palpita extraña,
Y su figura se alza bermeja como un sol.

Amor anida en su alma, la duda le acompaña
Como una pesadilla fantástica de alcohol;
Su verbo es como un nuevo sermón de la montaña,
Doliente su silueta detrás del facistol.

Creación maravillosa del arte que ilumina
Su genio proteiforme, con hondo sentimiento,
Al pie del crucifijo o en medio del altar;

¡Tragedia donde su alma resplandeció divina,
Como una aurora roja que incendia el firmamento
Y tiñe en oro flavo la espuma de la mar!

EL REY VALIENTE

(Alfonso XIII de España)

No abatirán la frente del altivo monarca
En cuyas venas corre sangre de emperadores,
Ni podrá el crimen rojo sepultar en la parca
La estirpe legendaria de los conquistadores.

El joven rey de España es piloto en su barca,
Que hiende el mar sin miedo y reta sus furores.
Como un príncipe homérico, su audaz mirada abarca
A un tiempo los peñascos y las costas de flores.

El cetro esplendoroso de León y de Castilla
No es cosa que vacila, ni cosa que se humilla
Entre las regias manos de este rey del valor.

Cada vez que el Destino le hiere hondo en la entraña,
Su corazón palpita, pero el cetro de España
Se yergue como un símbolo de Justicia y de Amor.

CREPUSCULO BONAERENSE

Es la hora indecisa de una tarde de mayo.
En sus alas de sombra la noche se aproxima;
La luz se desvanece en un lento desmayo;
Solloza el campanario su monótona rima.

La gran ciudad aplaca, bajo el último rayo
Del poniente, la fiebre de labor que la anima;
Y las niñas arrojan miradas de soslayo
Detrás de los balcones, al galán que las mima.

Las calles resplandecen, de pronto, como espejos,
Se incendian las vidrieras de vívidos reflejos,
Desfilan los carruajes y piafan los bridones.

Las damas atraviesan, magníficas y bellas,
En tanto que, radiantes, avanzan las doncellas
Entre un deslumbramiento viril de corazones.

EL GRITO DEL HIERRO

En las urbes modernas es el hierro un atleta
De músculos potentes, de fuerte envergadura.
Sus nervios formidables construyen la secreta
Belleza de una nueva y audaz arquitectura.

Su voz se alza en los cielos, vibrante cual saeta,
Y estalla en alaridos de una grande hermosura;
Y así vénse de pronto surgir sobre la quieta
Llanura los palacios, señores de la altura.

Enormes y monstruosas levántanse sus moles.
¿Qué importa que los vientos, las lluvias y los soles
Azoten sus paredes, con áspero rigor?

Sus vísceras de acero no temen cataclismos,
Sus fibras orgullosas dominan los abismos,
Llenando el universo de un siniestro temblor.

EL POETA BOHEMIO

Entre la turba inquieta de la calle transita
El pálido bohemio, el divino cantor;
Su paso vacilante y mísera levita
Evocan un poema de supremo dolor.

Hay en su frente arrugas y en su rostro está escrita
La historia de sus sueños de tristeza y de amor,
Como en sus versos de oro, la dulzura infinita
De su alma perfumada cual un jardín en flor.

Extraño y lamentable prosigue su camino;
Las gentes se sonríen al verle, peregrino,
Llevando en sus espaldas la simbólica cruz.

Ninguno le contempla con cariño de hermano;
Pero él marcha impasible, hendiendo, soberano,
Las sombras de la vida con palabras de luz.

EL VIENTO

Fanfarrias estridentes desátanse en el viento;
Salvajes alaridos estallan impetuosos.
A veces se creería oir triste lamento,
A veces un rugido de tigres y de osos.

Parece por momentos que un ábrego violento
Arranca de las selvas sonidos fragorosos
Sembrando en las ciudades como un presentimiento
De enormes cataclismos y estragos tenebrosos.

Del fondo de la noche, fantástica y obscura,
Se yergue como un mónstruo de férrea envergadura
Batiendo enfurecido sus alas de titán.

Mis nervios se estremecen como una hoja de hiedra
Ante esa sinfonía gigante que me arredra
Y expande en las tinieblas el alma de Satán.

TARDE ESTIVAL

Las sombras poco a poco se acusan bajo el cielo.
Extraños lampos de oro salpican el espacio.
Adquiere aquí el estuario fulgor de terciopelo
Y allá, en el horizonte, finuras de topacio.

Un céfiro suavísimo agita como un velo
La hiedra enmarañada que asoma de un palacio,
Mientras la tarde absorbe, con indecible anhelo,
De las huertas vecinas el hálito rehacio.

Es un ocaso tibio que no obstante mitiga
El bochorno implacable, la oprobiosa fatiga
De un día de febrero, pesado e inclemente.

Las vírgenes, tan solo, de codo en los balcones,
Hundidas en sus sueños de lánguidas visiones
Respiran de la tarde la brisa, dulcemente.

CONTEMPLACIÓN

Mientras que tú dormitas, la cabeza apoyada
Sobre la almohada blanca, ¡oh mi fiel compañera!
Yo contemplo en silencio, el alma alborozada,
Tu rostro que es trasunto de amor y primavera.

Admiro, en una especie de dicha no turbada,
La línea de tu cuerpo, robusta y hechicera,
Y siento al ver tu boca, fragante y sonrosada,
Deseos de besarla como la vez primera.

Después sueño y medito sobre nuestro destino,
Abrazo con angustia lo duro del camino,
Lo incierto de la senda, lo rudo del alud.

¡Pero al mirar tus ojos, tan bellos, tan azules,
—Tus ojos que acarician como diáfanos tules,—
Invade el alma mía una inmensa quietud!

INTERMEZZO

Dolor infatigable, ya no oirás mi lamento!
Mi cítara está muda para cantar la garra
Que se hunde en lo más hondo, vital del pensamiento
Y del cuerpo la fibra sin piedad nos desgarra.

Hoy no sufro ni lloro; estoy ágil, contento,
Mi pecho está vibrante como el de una guitarra.
Tengo anhelos de vida, de amor, de luz, de viento,
De estallar en canciones como loca cigarra.

El azul me sonríe, me abisma en su dulzura.
El agua me parece más límpida y más pura.
Las hembras me enloquecen con sus bocas en flor.

No quiero saber nada de dudas y pesares,
No sufro, sólo quiero perfumes de azahares
Y el beso de tus labios febricientes, Amor.

CABELLERAS

OH, manto extraordinario que blandamente flota
Y múltiple se esparce, como una enredadera;
Obscuro pendón mágico de triunfo o de derrota ,
Caricia de mis ojos, ¡oh, inmensa cabellera!

En éxtasis te miro caer como una ignota,
Como una desgarrada, fantástica bandera,
Ahogando entre tus pliegues magnánimos, la nota
En que alza su lujuria la humanidad entera!

Mis ojos te contemplan, ondeante y misteriosa
Sobre la espalda núbil de inmarcesible diosa
¡Oh, elástica cimera de sombra y de marfil!

Yo te amo en tu rebelde belleza de follaje,
Con un amor más rudo, más hondo, más salvaje,
Que el que tú me despiertas, Sol radioso de Abril.

TUCUMÁN

FUÉ bajo un clima dulce, sutil como una seda
Digna del mármol terso de los hombros de Diana,
Donde las calles tienen perfumes de alameda
Y una canción añora la pálida hija indiana.

La brisa de las cumbres mueve en la tarde leda
La copa mecedora de la selva lejana,
Mientras por la pendiente hacia la falda rueda
Del Aconquija enorme la piedrecilla vana.

Fué en esa tierra llena de ensueños y cantares,
De lánguidas doncellas de frente como azahares
Y labios palpitantes de promesas de amor,

Donde la Patria, libre, impúsose sus leyes
Contra el poder divino de papas y de reyes,
Cabe el jardín agreste de los mirtos en flor.

EL CISNE

(*A Rubén Darío*)

SURGIÓ la voz del Cisne sobre el lago de oro.
Reinaba un gran silencio cuando alzó su canción;
Y fué un murmullo insólito de cien liras en coro
El canto del divino pájaro de ilusión.

De Céfiro en las alas subió el áureo tesoro
En un deslumbramiento de ensueño y de visión,
Y a poco de escucharle vibró el bosque, sonoro,
Loando la presencia de aquella aparición.

El Cisne boga y surca los mares de la vida.
Hoy dice de Versailles la pompa fenecida,
Mañana los misterios de Atlanta y Estambul,

O a veces, en prodigios de una extraña belleza,
Los sollozos que exhala su incurable tristeza
Bajo el fulgor irónico de la bóveda azul.

RODÓ

En la Roma divina, donde el César antiguo
Labró la áurea grandeza de la raza latina,
Donde el labio de Adriano murmuró su himno ambiguo
Y brilló de Lucrecia la virtud diamantina;

En la Roma sagrada, sobre la alta montaña
Que del mundo contempla lo pequeño y lo grande,
El Señor cuya mente mil tesoros entraña
Fué a morir, y su nombre ya en la gloria se expande.

En su espíritu olímpico, cincelado en su prosa
Como un verso tallada, como un canto armoniosa,
Para el bronce futuro yace el noble metal.

¡Nadie llore la muerte del artista supremo!
En su América amada, de un extremo a otro extremo,
Cunde el verbo profundo de su ser inmortal.

LA NOCHE

La noche es una diosa de fúlgida hermosura.
Su larga cabellera se extiende como el mar.
Su seno es un abismo que infunde la pavura
Y excita en nuestros pechos la antigua sed de orar.

A veces se diría suprema de ternura,
Afable y temblorosa en su pasión de amar;
A veces, desde el fondo de su pupila obscura,
Acecha el crimen torvo con frígido mirar.

No hay nada más mullido ni dulce que su seno.
La noche, como un vasto jardín de sombra lleno,
Embriaga de celeste dulzura el corazón.

Es honda y misteriosa, como una alta colina,
Pero al besar su frente la luna, se ilumina
Sembrando por doquiera milagros de Ilusión.

GOETHE

Es el divino artista cuyo genio ilumina
De Grecia y la Edad Media el misterio ancestral;
La cumbre donde el Alba derrrama, peregrina,
La púrpura y el oro de su veste triunfal.

En Werther es la Musa que sueña y que imagina,
La frente circundada de corona letal;
En Fausto es el poema siniestro en que culmina
El lívido y diabólico espíritu del mal.

¡Oh! genio milagroso! ¡Oh! sol de los humanos!
¡Oh! helénico poeta de sangre de germanos!
¡Oh! épico vidente, pastor de excelsa grey!

Los viejos de tus cantos eternos, la fragancia,
Los jóvenes celebran tu olímpica arrogancia,
Y todo el Universo tu majestad de rey.

A UN ARTISTA PUGILISTA

Su cuello se diría surgir de un bloque duro.
Sus brazos son capaces de extrangular un león.
Entre sus hombros cabe, magnífico y seguro,
El vasto continente de Cristóbal Colón.

Su puño se levanta pesado como un muro.
Cada palabra suya habla de destrucción.
Como el romano antiguo, lucha en el circo impuro,
Gladiador formidable de una burda ilusión.

Vulgar, ancho, plebeyo, nadie en él imagina
Un nuevo Benvenuto que graba en hoja fina
Visiones de humorista y muecas de Arlequín.

Empero, su alma vibra del arte al beso suave,
Como el céfiro que hincha las velas de una nave
Llevando entre sus alas perfumes de jazmín.

CESAREO BERNALDO DE QUIROS

Un despliegue inaudito de gamas armoniosas,
Un derroche indecible de luz y de color,
Intensas vibraciones de hortensias y de rosas
En paisajes de ensueño y en paisajes de amor.

Un revelar profundo de seres y de cosas,
Un empuje que acusa formidable vigor.
La Tierra, con sus tipos y formas misteriosas,
Los Héroes, evocados con encanto obsesor.

Así canta a los ojos su mágica paleta,
Irrumpen sus visiones gloriosas de poeta
Y estallan los hosannas de su brioso pincel.

En lienzos prodigiosos, de belleza plenaria,
Inmortaliza el alma fugaz, extraordinaria
De la raza y conquista el sagrado laurel.

LA MUJER ARGENTINA

BLANCA carne de lirio, ojos igneos de estrella
En que arden fulgurantes las llamas del amor;
Boca fina y purpúrea donde la gracia sella
Su encanto capitoso de roja rosa en flor.

La sangre de las razas más nobles puso en ella
Sus rasgos dominantes de belleza y valor,
Ungiéndola en el mundo magnífica doncella,
Promesa del destino, Varona en el dolor.

Su paso es un prodigio de ritmo y de decoro.
De sus cabellos surge fragante aurora de oro
O el pálio misterioso de la noche estelar.

Su frente como un templo respira la esperanza.
Su voz se alza en la tierra, pero hasta el cielo alcanza
Porque es pura y sonora como la voz del mar.



EL LIBRO ELEGÍACO

EL VIEJO

A mon beau-père M. Xavier
Sornasse, a Bruxelles.

POBRE viejo,
Que marchas agobiado del camino a la vera.
Yo te canto en la hora de tu ocaso
Con el pecho oprimido
Del dolor que me inspira tu enigmático paso
De soldado vencido.
Ya está lejos tu ardiente primavera
Y sin brillo el espejo
Que reflejó tu juventud lozana.
Tu rostro de hoy, surcado de profundas arrugas,
Fué, sin embargo, un día, de las bellas encanto.
Sobre tu frente cana,
Ya insensible al halago de la vida,
Cayeron tus cabellos obscuros como el manto
En que envuelves ahora tu majestad caída.
El labio que hoy se crispa en mueca dolorosa
Y en blasfemias sacrílegas estalla,
Vibró con la dulzura de una fuente armoniosa
Y con áspero acento de batalla.
Y ese cuerpo doliente, miserable, caduco,
Que arrastras duramente,

Cual si el mundo pesara, todo entero, en tus hombros,
Imprimiéndote un aire pavoroso de escombro,
Fué ayer no más el cuerpo adolescente
Que en las púgiles fiestas del gimnasio venciera
Por su ágil movimiento y su esbeltez pagana;
El cuerpo que encerraba, como en pétrea custodia,
Un corazón henchido de energía temprana,
Y fecundo en vigor, pródigo diera
La abundosa eclosión de los amores;
El mismo, en fin, que hoy labran los dolores,
Que la humana miseria insulta y odia
Y que mañana arrojará a la tumba
Sin recoger un rasgo de tu historia,
En equívoco gesto de desprecio y olvido.

¡Pobre viejo sin gloria!
¡Antorcha moribunda!
Te contemplo pasar, triste, abatido,
Bajo el fardo implacable de tu larga existencia.
Pero yo no me río de tu suerte,
No me aparto, tampoco, de tu agrio camino,
No ofendo con miradas desdeñosas tu anciana
Figura que reclama con imperio la muerte.
Yo comprendo tu mísero destino,
Mas te tiendo con hondas efusiones mi mano,
Te ofrezco, con el alma, mi cariño,
Te cubro con la diáfana inocencia
De los míseros seres que te injurian al verte.
Hasta la blanca y púdica doncella,
Que miras ,al pasar, con dulces ojos,
Donde apenas un rayo de otro tiempo fulgura,
Hace escarnio, sonríe de tus años, te veja,
Desatando en pos tuyo el reproche galante.
Nadie piensa, al mirarte claudicante,
Que también fué gallarda tu figura

Y que al igual del joven que a la reja
Y al fulgor titilante de una estrella,
Vierte en promesas tibias su entrañable ternura,
O en la trémula boca de su amada da un beso,
Tuviste, tú también, quien te adorara,
Y con férvido goce te brindara,
En la flor sanguínea de unos labios rojos,
La embriaguez turbadora, total de un embeleso,
En que el cielo y la tierra palpitan en los ojos.

Lejos están tus años de alegría,
Agostada por siempre la feliz primavera
De tu edad de amoríos y de esa tu sincera
Madurez combatiente
Que tuvo, acaso, para tí más horas
De dicha y de quietud consoladoras,
Que aquellas, turbulentas, de tus locos deseos.
Apenas tu memoria, deprimida, impotente,
Guarda el dulce recuerdo de la fiel compañera
Que a veces secundó tus devaneos
Y otras veces te opuso su firme mansedumbre;
De tus hijos amados, bellas flores
Del árbol de tu vida, deshojadas
Sin piedad por la ráfaga sombría;
De todo lo que fué bueno a tu alma
De padre y de señor, hombre y obrero;
De cuanto ayer amaste, sembrador idealista,
En tu cruel existencia que no supo de calma,
Cual la del héroe antiguo marchando a una conquista.
Eso ha pasado ya, no es más que un sueño
Que ninguno recuerda, ni tú mismo.
Para todos aquellos que te miran
Inclinado hacia el suelo como un sepulturero,
Eres el pobre viejo, la ruina deleznable,
Que clama, ansiosa, por tragar la tierra;

El objeto siniestro de vergüenza y ludibrio,
El ser triste, que ahuyenta como abismo,
Porque incurriste ¡oh, viejo miserable!
En el grave pecado
De vivir en tu amor grande de ensueño,
Ofendiendo a los hombres con tus álbicas canas;
Porque no conservaste el gallardo equilibrio
De tu paso resuelto, de tu designio osado.
Porque también tu fuiste incapaz de oponerte
A los años que anuncian invisibles campanas
Y preceden fantasmas silenciosos de muerte.
Porque tu vida, en fin, ¡oh! lamentable
Viajero de este mundo hipócrita y perverso,
Llena un sitio que miles codician brutalmente
Para sufrir más tarde idéntico destino.
Por eso, porque nieva sobre tu vasta frente
Y en sombras y tristezas tu corazón se abruma,
Te lapidan, ingratos, en tu áspero camino,
Te escupe la canalla su venenosa espuma.

Heme, pues, triste anciano, conmovido a tu paso.
Una intensa piedad me inunda el pecho.
Ganas me dan de asirte de la mano
Y ayudarte a trepar la dura senda.
Diré a los que te hieran sin derecho
Y acendren la amargura de tu ocaso,
A las lindas doncellas que sonríen
Ante el senil elogio de tu ofrenda,
Al joven impetuoso, rebelde al buen consejo,
Y al pomposo magnate que te acusan de viejo,
Que puesto que tus horas, sin duda, están contadas,
Ellas son, por lo mismo, doblemente sagradas.

Les diré que no arrojen ni guijarros ni espinas
Cuando por el calvario de tu vida caminas;

Que hubo un día en que fuiste valeroso y ufano,
Ardiente enamorado, padre leal, buen hermano,
Que en lugar de la injuria, que veja a quien la lanza,
Escuchen tus oídos palabras de esperanza,
Y que al morirte caigan buenamente de hinojos
Cerrando con dulzura compasiva tus ojos.

DESTINOS

(SAMAIN)

¡Oh! mujer, carne trágica, amarga y deliciosa,
Mujer, nuestro desprecio y nuestra primavera,
¡Oh! monstruo de dulzura, hipógrifa radiosa,
Más rauda en su galope triunfal que la Quimera.

Mujer, que nos aguarda en la sombra del monte
Cuando, ceñido el cuerpo por intacta armadura,
Vamos gallardamente hácia el bello horizonte
Cual rubios caballeros ansiosos de aventura.

La oriflama Esperanza flota al viento ligero
Del alba, donde abrimos nuestros ojos brillantes,
Con la emoción ingenua del cariño primero
Que ignora todavía los dolores punzantes.

Del arte a los mirajes, del hierro al choque claro,
La sangre en nuestras venas palpita cual torrente,
Y nuestra alma se hincha, se enciende, como un faro
En medio del estrago del oceano potente.

Tú, de pie ante el espejo, dominando la vida,
Perfumas tus cabellos con oriental pereza,
Y al oir algún paso en la calle dormida,
Vuelves por un instante tu lánguida cabeza.

Flor cálida de carne meciendo tu veneno,
Tú misma te sonríes arqueándote desnuda,
Pero ya los aromas de tu cuello sereno
Se expanden en la tarde resplandeciente y muda;

En la tarde de sueños y promesas extrañas,
Sembrada de barreras por salvar bravamente,
De cumbres misteriosas en las ágrias montañas,
Donde el caballo alado relincha omnipotente.

¡Ah! tú has visto mil veces, esfinge engañadora,
Esta dulce sirena que amamos a veinte años:
La Gloria, también hembra, deidad fascinadora,
Como tú engendradora de crueles desengaños.

Levántate y enciende celosa nuestras almas,
Míranos con tus ojos de inextinguible fuego,
Bésanos con tus labios, dulces como las palmas,
Acogiendo en tu seno nuestro insaciable ruego.

Hácia ti van ahora los locos sagitarios,
La frente circundada por inmortal diadema,
Los místicos arcángeles que buscan tus sagrarios,
Como al esmalte antiguo la rutilante gema.

Su corazón entero suspira por tu encanto
Del que irradia un deseo brutal y electrizante,
El horizonte se hunde de pronto en negro manto
Y envuelve entre sus sombras la apoteosis triunfante.

Empero, Tú reinando del lecho en la negrura,
Meces su sueño muerto en tu carne impasible,
Ocultándole el mundo a su mirada obscura,
Con tus largos cabellos de influjo indefinible.

Tu carne es su rescoldo; tus pies son su esperanza,
Y tu seno amoroso es un mar de ondas de oro
En que su alma se aduerme de inefable bonanza
Bajo tus ojos donde brilla un triunfo sonoro.

Por tí canta por siempre, sin dolor en la vida,
Su sangre que incendiara el fuego de tu boca,
Y sonriendo de lo alto de tu orgullo homicida,
Extiendes por encima de tu soberbia loca,
Tu caricia profunda como una despedida.

CISNES BLANCOS Y NEGROS

A José Ingenieros.

OH! lago de mi amor, lago de ensueño,
De profundas riberas,
De perezosas ondas siempre azules.
Tu aspecto me sonríe, como otrora,
Cuando eras para mí dulce y sedeño
Como una anunciación de primaveras.
En tu margen, pacífica y sonora,
El céfiro estremece
La copa de los altos abedules
Con rumor semejante al de mi infancia.
Del fondo del boscaje
Que una aura tibia mece,
Se escapa una fragancia
Que llena suavemente mis sentidos
Trayéndome recuerdos de un pasado
En que promesas mágicas veía.
Hoy, como ayer, festonan tus orillas
Los sauces musicales
De que se alza el supremo ritmo alado,
La trémula armonía
De una alma palpitante entre la sombra;

Surcan tus aguas mansas las barquillas
Llevando como siempre sus amores;
Blando lecho de perlas y corales
Ofreces a la virgen como alfombra;
Brindas al caminante fatigado
Lenitivo cordial a sus dolores;
Estallas por doquier en embeleso
Como boca fragante
Ansiosa de sentir el primer beso,
Y sin embargo, ¡oh, lago bien amado!
El alma que te mira en este instante
No es el alma de ayer, el alma clara,
Intrépida, vibrante,
Que supo comprender tu voz preclara,
Sino el alma de un viejo peregrino
Que tras largo viajar, tras duras penas,
Se sienta, vacilante, en el camino,
Esperando que Dios, el Dios amante,
Ablande sus cadenas
Y se apiade por fin de su destino.

¡Oh, lago silencioso!
Te contemplo en la gloria de este día
Bañado por el sol maravilloso
De mayo sobre aureolas de jazmines.
Al ver resplandecer tus quietas ondas
Bajo el azul magnífico del cielo,
Mi errante fantasía
Que exulta el esplendor de tus jardines,
Me parece prestar para arrobarme
En el misterio amable de tus frondas,
El alma juvenil con que solía
Hundirme en tu espesura,
Sorprender de tus pájaros el vuelo
Y cruzar tu corriente,

Del alba, en la hora pura,
Con tu visión de paz sobre la frente.
Pero es una ilusión, ¡oh dulce lago!
El alma no es la misma
De la lejana, ardiente adolescencia.
El corazón de entonces, combatido
Por el ábrego aciago
De una cruel existencia,
Al dolor implacable siempre unido,
Fué perdiendo sus galas,
Desmayando en ardor y valentía,
Cayendo en la tristeza,
Como un ave que prueba mal sus alas
Cae en las zarzas ásperas del nido.
Y aunque mi pecho sienta tu belleza
Como antes la sintiera, conmovido,
Ya no imprimes en él la misma huella,
Ni mueves mis potencias como antaño,
Ni como antaño, amor, quietud, olvido,
Luz tranquila de estrellas
Das a mi corazón, porque ha sufrido
Del mundo el incurable desengaño.

Mas hé aquí que los cisnes se adelantan
Surcando de tus aguas el espejo.
¡Alada majestad, copos de nieve!
¡De la luna más cándida, reflejo!
¡Delicadeza astral, que ora se esfuma,
Ora brota radiante y siempre leve
De la diáfana espuma!
¡Mirífico cortejo
En que la gracia triunfa soberana
Destacando su nítido tesoro
En la riente mañana!
Hélos ahí, tan blancos tan sutiles

Y tan llenos de ensueño
Como la vez primera que mirara
Su plumaje sedeño.
En la hora solar, en la hora clara,
Se dirían heraldos de ventura.
Así los presentía antiguamente
Al mirarlos flotar en un derroche
De inaudita blancura.
Venían del Oriente,
Anunciaban amor en los destellos
De sus alas abiertas,
En el ritmo divino de sus cuellos
Tendidos en las yertas
Corrientes cristalinas,
Predecían la gloria y la esperanza
Como todo lo blanco. Eran mis sueños,
Mis sueños juveniles, recamados
De albor inmarcesible, de divinas
Radiaciones de luz y de bonanza.
¡Visión encantadora, no me engañas!
¡Mira sino la tarde
Alzando su cendal tras las colinas!
¡La tarde resonante de zozobra,
Que avanza con sigilo por los prados
Y puebla el vago ambiente de canciones
Terriblemente extrañas!
El crepúsculo llega, como un monje,
Envuelto en sus fatídicos crespones.
¡Es la hora en que el mal se yergue y obra!
Los cisnes eucarísticos han huído
De las ondas azules. Ahora llena
El espacio dormido
Donde el lago se extiende como un denso
Tenebroso sudario,
Un cortejo de cisnes funerario.
Son los cisnes que llegan

A anunciar la derrota de mis sueños,
A gemir el inmenso
Poema secular de mi delirio.
¡Miradlos cual navegan
Dentro el piélago obscuro, cuánto duelo
Desprende su plumaje,
Cuánta angustia y martirio
Revelan bajo el cielo
Espectral y severo ante su paso!
¡Dejadlos avanzar, perderse acaso
En la noche salvaje,
En las riberas solas,
Hundirse en el cristal, entre el murmurio
De las frígidas olas!
¡Oh! dejad confundirse en la espesura
De las sombras compactas ese augurio
Fatal y pertinaz de mi esperanza,
Esa tropa agorera
Que con ansias espera
La ocasión de elevar su voz inerte,
Para cantar mi marcha lastimera
Hácia el supremo reino de la muerte.

LA DULCE ELEGIA

(*En memoria de los muertos queridos*)

A Manuel Gólvez.

Acuérdate que mi vida es un viento y que mis ojos no volverán a ver el sol.

LIBRO DE JOB.

Mi alma triste.
Solitaria,
Llena está de un duelo antiguo,
De un deseo melancólico de lágrimas;
Sollozante de gemidos como lira
Por mil cuitas vagorosas acordada;
Suspendida
Del misterio de la muerte ante las aras,
Ante el sino de las vidas que me fueron
Más dilectas y más caras,
Y hoy por siempre de mi senda
Por las parcas alejadas.
Alma mía,
Del dolor pálida hermana,
Impregnada de esa trémula tristeza
Que acompaña

Los sensibles corazones lastimados por las flechas
De las penas enconadas;
Hoy desnuda de sus reales atavios,
De su clámide, como nieve, pura y blanca,
De sus mirajes sonrientes,
De sus poéticas albas,
De sus ensueños tendidos como un gran manto de oro:
¡Oh! mi alma
Que en la amargura infinita
De los pesares te bañas,
Ven y llora la partida
Desoladamente larga
De aquellos seres amados
A quienes tocó la muerte con su mano yerta y pálida;
Que se fueron
Envueltos en su mortaja,
En su cándido sudario
Regado por nuestras lágrimas
Y dejando
Tras su marcha,
Nuestros pechos florecidos
De los dolores más tristes,
De las más hondas nostalgias,
De los más crueles hastíos
Que sufrieron los mortales náufragos de la esperanza.

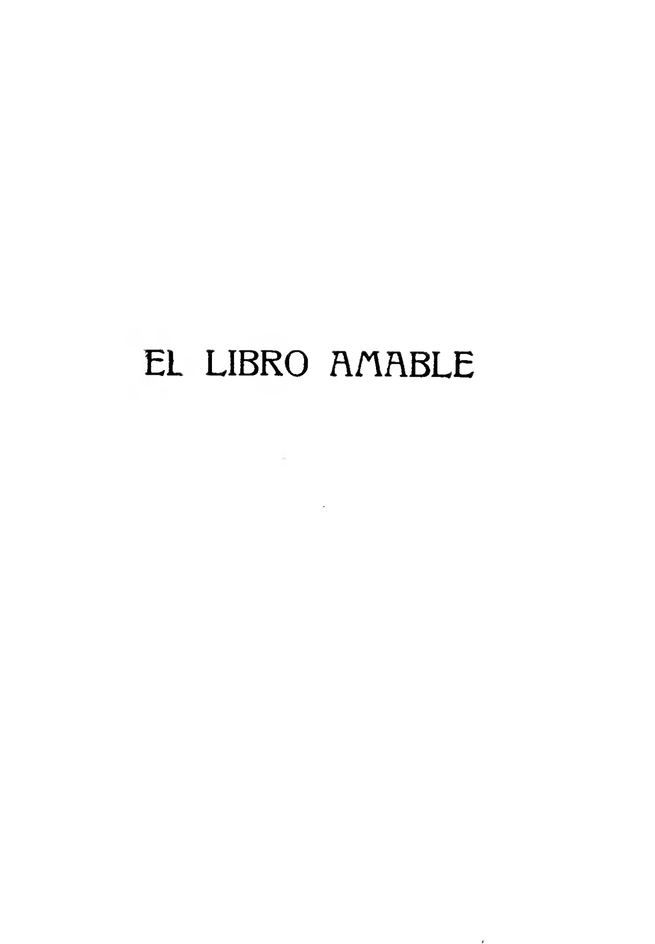
¡Oh! mis queridos amigos,
Compañeros predilectos de la infancia,
Ya por siempre confundidos
En el reino de las sombras eternales, subterráneas,
Y vosotros mis amados,
Mis alegres camaradas
De los años recamados de brillantes, áureas galas,

Que partisteis de repente,
Cuando apenas ensayabais vuestras alas
En mitad de la existencia,
De la senda dura y árdua,
Sumergiéndoos por siempre en el misterio
De la nada.
A vosotros canto ahora
Mi más dulce y mi más íntima palabra,
Por vosotros alzo en alto mi más férvida
Oración y la plegaria
Más doliente, más sincera y compasiva
Que mi labio murmurara.
Porque vosotros dejasteis este mundo, amigos mios,
En edad harto temprana,
Cuando todo os sonreía:
La existencia con sus dichas y sus gracias,
El amor con sus halagos
Y sus bruscas y fatales asechanzas,
El trabajo con el grávido cortejo de sus triunfos
Y su fama,
El ideal con las visiones de sus cumbres extendidas
Como inmensas sucesiones de enigmáticas montañas;
Cuando todo a vuestro lado
Mansamente susurraba
Su poema de ilusiones,
De más firmes y serenas esperanzas,
Y la vida os elegía
Para grandes, beneméritas cruzadas,
Con cuyos lauros heróicos
Vuestras ánimas soñaban
Ceñir las radiosas frentes,
En la gloria del azul resplandeciente
Como mármoles helenos levantadas.

Ya mis ojos,
Fatigados de mirar tristezas tantas,
Sufrimientos tan acerbos,
Amarguras tan tenaces, tan aciagas,
Están secos y no vierten
El consuelo de las lágrimas.
Al mirar hácia el pasado,
Hácia el fondo de los años transcurridos, se levantan
Como sombras dolorosas,
Como rígidos fantasmas,
Las imágenes dolientes de los seres que en la vida
Más amara.
Veo imágenes queridas,
Madre, hermanos, frutos sacros de la rama
De un gran árbol
Al que el viento de la vida sacudió con fiera saña;
Miro rostros pensativos,
Dulces caras
De leales compañeros
Vinculados por la dicha o la desgracia,
De mi vida en los comienzos,
O en la ruta, ya más larga,
De los tiempos en que graves pensamientos
Nos laceran friamente, como garras.
Y los veo
Como cuando, con gallardas
Actitudes, obstinados, impregnados
De unción santa,
Yban todos por los cármenes risueños,
Las pupilas en los cielos enclavadas,
Deshojando entre sus dedos
Las simbólicas coronas ofrendarias,
Y diciendo en sus canciones
Las palabras
Augurales, las supremas

Oraciones inspiradas
En el triunfo de la vida, en la segura
Realidad de los ensueños de conquista y en la clara
Visión pura
De ideales esculpidos en el fondo de las almas.

Sombras solo,
Vagas manchas
Que ya pocos rememoran
Son los fieles camaradas
Que en el reino de la muerte penetraron,
En la blanca
Mansión lúgubre y silente
Donde el labio humano calla,
En el reino de la muerte pavoroso
Que la estrella de lo cielos desampara
De sus mágicos destellos,
De su luz piadosa y casta.
¡Cuán felices
Los amigos que partieron, moradores
De la noche, para quienes la Isis trágica
Levantó sus densos velos enigmáticos!
¡Dulce calma los acoja en su fantástica morada,
Mientras suben hacia ellos
Nuestras místicas plegarias!
De la diáfanas regiones
Donde surcan los querubes con sus alas,
Sus pupilas
Nos envian sus más fléviles miradas,
Leen el almo pensamiento que está escrito
En el fondo de nuestra alma,
Pensamiento
Hecho de lágrimas
Ante el ara del recuerdo, en holocausto
Dulcemente, tristemente, derramadas.



EL LIBRO AMABLE

Epístola cordial al doctor Martín Reibel

CARO Martín, tu nombre que el prestigio perfuma,
Pugna por desprenderse triunfante de mi pluma,
Acaso porque sabe que en ello mi alegría
Se expande, como el chorro de una fuente en la umbría.
Por eso es que compongo en tu honor estos versos,
En instantes supremos, en momentos adversos
En que mi carne gime del dolor bajo el diente,
Y mi ser, abatido, de ese mal se resiente...

Pero tú, que eres docto en curar graves males
Y las horas del día pasas en hospitales,
Donde tu amor profundo por el prójimo arde
Viviente, generoso, como un astro en la tarde;
Tú que has puesto tus manos, enormes y sutiles,
Sobre tantos dolores, sin pensar cosas viles;
Tú que tienes el aire de un gigante terrible
Y eres bueno en el fondo como un niño, y sensible,
Acoges mis dolencias con la calma burlona
Que a tí, Martín, te sienta mejor que una corona,
Y sonriendo, con esa tu sonrisa tremenda
Que evoca formidables figuras de leyenda,

Me dices, colocando sobre mi hombro tu mano
De cíclope ladino: "eso no es nada, hermano".

Ingenios primorosos, poetas de linaje,
Locuaces periodistas y artistas del lenguaje,
Con motivos plausibles y en nobles ocasiones
Cantaron tus talentos honrando tus blasones.
Recuerdo y me es muy grato evocar su memoria,
Que un príncipe del verbo, una alta y pura gloria
De la excelsa poesía, el insigne Darío
A quien quisiste, en vano, desviar de su Hado impío,
Te amaba, te escuchaba como a Esculapio viejo
Y en alta estima tuvo tu juicio y tu consejo.
Y a fe, que tú le amaste también y comprendiste
Cuando enfermo, vencido por su destino triste,
Encontrabas el medio de volverle a la vida,
De arrancar de sus manos la horrible arma suicida,
Arrojando, por cima de su cruel pesadilla,
Una dulce promesa y una nueva semilla!

¡Oh! amigo, nadie ignora que en tu férreo baluarte
Eres hombre de Ciencia, más también hombre de Arte,
Que sobre la severa disciplina del sabio
Sabes llevar la copa del Ensueño a tu labio,
Uniendo en un extraño consorcio las dos cosas,
Tal como un jardinero coge espinas y rosas...
El corazón afable que palpita en tu pecho
No se llena de orgullo por el bien que tu has hecho,
No se engríe ni espera recompensa ninguna.
Haces bien, en silencio, semejante a la luna
Que a través de la sombra de la noche propicia
Difunde el impalpable temblor de su caricia.

La amistad no es palabra para ti sin sentido;
Delante del amigo duramente afligido,
Del dolor sollozante con que a veces nos hiere
El sino, en todo aquello que nuestra alma prefiere,
En todo cuanto es dicha, amor, vida, esperanza,
Tu consuelo piadoso, Martín amado, alcanza;
¡Y es de ver con qué gesto de ingenua bonhomía
Sostienes la mirada, aterradora y fría,
De la Intrusa que acecha, sin cesar, escondida,
El instante supremo de anonadar la vida!

Viejo amigo, perdona si malgrado mi intento
Notas que se me atrista y nubla el pensamiento,
Mas tú, que me conoces, desde mi rubia infancia,
Sabes que la alegría, esa intensa fragancia
De ciertos corazones, no floreció en mi huerto.
Los años se suceden, empero, y aquel puerto
De diáfana poesía con que soñara ardiente,
Aquel sitio de gloria que inflamara mi frente,
Poblara mis ensueños, irradiara en mis años
De juventud, flotara entre nimbos extraños,
Aquel bello Eldorado se esfumó, ya no existe,
Pasó tras un cortejo de sombras, largo y triste.
Cada sombra tenía su dolor y su historia,
Se llamaba un amigo, encarnaba una gloria,
Simbolizaba un nombre amado hasta el delirio,
Evocaba la pálida morbidez de un gran lirio...
Todo eso, la existencia, las crueldades del Hado,
Lo han aventado lejos, lo han deshecho, ultrajado...
¿Qué me resta hoy, en cambio, de ese sueño divino?
La inútil experiencia del fragoso camino,
La hostilidad de un mundo perverso y egoísta,
El duelo silencioso de una conciencia artista.

¡Calle el labio, silencio, porque mucho me temo
Que alguien me estigmatice de injusto o de blasfemo,
Pues, al fin, si Dios puso la cruz en mi sendero
Me dió para llevarla virtudes de Romero;
También me dió, y perdona mi súbito quebranto,
El Amor, que se eleva como el ritmo de un canto,
Envolviendo en su clara vibración armoniosa
La inquietud cotidiana de mi vida angustiosa.

Ya ves, querido amigo, a su recuerdo solo
Abondono las iras fulminantes de Apolo,
Para no ver más que una dulcedumbre infinita
Cayendo de unos ojos, sobre mi ánima en cuita.
Sálveme, sin embargo, del aciago tormento
De la duda y del tedio, el grande advenimiento
Que aguardo con ahinco para esta primavera.
Así al menos lo anuncia mi dulce compañera
Al sentir, de una grave emoción poseída,
Palpitar en su flanco el fruto de la vida.

ENTRE RIOS

Al Dr. Fernando Alvarez.

Entre Ríos, Entre Ríos, tierra joven de centauros,
Yo os invoco en mi canción,
Porque tú me diste un día
El secreto milagroso que se esconde tras los lauros
Y desmaya en la armonía
Con que mece nuestras almas torturadas la ilusión.

Yo te ofrezco mis cantares,
Fértil tierra de avatares
Y en divino suspirar,
Porque en tus blandas cuchillas
Y a las diáfanas orillas
De tus ríos fabulosos y anchurosos como el mar,
Transcurrió mi adolescencia
De canciones y de amor.
¡Entre Ríos, dulce tierra a mi existencia
De zozobra y de dolor!

Entre Ríos, Entre Ríos,
Bella tierra rica en bríos.
Mi errabundo pensamiento
Se hincha todo de recuerdo y sentimiento
Evocando de tus selvas el concierto de cristal,
¡Y aún diría que resuena en mis oídos
El mirífico gemido
De tu lírico zorzal,
O la límpica plegaria
Que en la noche misteriosa, solitaria,
Lanza al cielo la calandria virginal!

Noble tierra de mi infancia,
Trozo sacro de Argentina,
Yo te abrazo a la distancia
Y te beso sobre el ánfora divina
De tus ríos de zafir.
Tus fantásticas florestas,
Tus vergeles legendarios,
De mi vida en la mañana fueron fiestas
En que supe de deliquios pasionarios
Y mi mente de la dicha de existir.

Campos llenos de dulzura,
Rubios llanos de sol llenos,
(¡Oh! ventura)
Donde el pecho se alza erguido, como senos,
Y respira libremente la salud;
Hondo halago de las pródigas campañas,
Rientes valles de espadañas,
Os aclamo y os venero
Desde el fondo fugitivo de mi rauda juventud.

Misteriosas soledades
De los prados y los montes,
Vida quieta de ciudades,
Visión alta de horizontes,
Plenilunios diamantinos de las noches de mi Abril;
En las márgenes fluviales el rumor de las achiras,
Y un sinfónico concierto de violines y de liras
A la vera de los bosques, cuando bañan los ocasos
Sus follajes, en las rasos
Envolventes de su añil.

Yo os evoco con el alma estremecida
Con el alma que yo tuve cuando niño,
Cuado erraba por la falda, falda mágica y florida
De tus montes con perfumes de jazmín,
Te contemplo como entonces, con idéntico cariño,
Y paréceme que hundo, como otrora, en tu jardín,
Mis pupilas que se embriagan en la gloria de tu sol,
Recogiendo su delicia seductora
Como linfa brilladora
El matíz de un arrebol.

Entre Ríos, Entre Ríos, desde el fondo inmensurable
De la Pampa, yo te envío
Mi saludo de veinte años de insensible alejamiento.
El primer suspiro mío
Del amor llevólo el viento
De tus campos al abrirse mi pristino corazón;
Las primeras alegrías
Y emociones de belleza,
Las nacientes, iniciales melodías
Que llenaron de estupores mi cabeza,

La primera inspiración
Que del Arte descendiera de mi pecho en lo interior,
Tuyas fueron, fueron obra de tu encanto y de tus cielos.
¡Flores y astros, dulce lazo de pensiles y de estrellas!
Cosas hondas que nos vienen sin querer de las doncellas,
Misteriosos paroxismos del misterio del amor,
Deshojaron sus corolas, en sutiles, blancos vuelos
Sobre el niño soñador.
Yo he adquirido de tus auras la expansión de los anhelos,
Libertad para mis cantos,
Y esa suerte de quebrantos
Que surgen de las cavernas más obscuras del dolor.
¡Oh! el fragante trebolar
De tu campaña olorosa
Y tus mujeres de rosa
No podré nunca olvidar!

Entre Ríos, Entre Ríos, tierra sacra a mi memoria,
Suelo henchido de visiones,
Resonante de áureos sones,
Cuna heroica de la gloria,
Yo os saludo en la apoteósis de los héroes de tu clan,
Yo os saludo alborozado de tu raza y de tu historia
Donde brilla en alto el nombre de tu insigne Capitán.

BALADA DEL CABALLERO DE LA ROSA

Fino y galante como un paje,
Pródigo y suave hasta el exceso,
Dulce y amable en su lenguaje,
Hombre sutil de mucho seso,
Diestro minero de embeleso,
De emoción honda y cariñosa,
Alma que vibra sonorosa
Del arte al beso lisonjero,
Tal es, en suma, el caballero
Que el mundo llama de la Rosa!

Si así le nombra el verso mío
En su expresión sencilla y fiel,
No es porque ostente a su albedrío
Aires pomposos de doncel,
Sino porque fluye de él
Como una esencia misteriosa
En que se baña cada cosa
Que brota de su corazón,
Tornando más bello el blasón
Del caballero de la Rosa.

Desde los tiempos florecidos
De mi inquietante juventud,
Cuyos encantos ya son idos
Como un arpegio de laud;
Firme y airosa ante el alud
De la existencia tumultuosa,
Mostróse siempre la amistosa
Bondad perenne de Faustino,
A quien saludo en mi camino
Leal caballero de la Rosa.

El que conoce los tesoros
Que el arte encierra en sus mansiones,
Sabe de sedas y de oros,
De ritmos lentos y canciones
Vibrando al son de dulces coros
Y en lengua clara y melodiosa,
Ha de colmar la voluptuosa
Fiebre de ideal que nos anima,
Elevándolo hasta la cima,
Cual caballero de la Rosa.

Sabueso fino, buzo raro,
Crea o inventa maravillas,
Y ora es un nombre archipreclaro
Que él nos importa en sus barquillas;
Para él el mar no tiene orillas,
Ni hay en la tierra bella cosa
Que permanezca silenciosa
Ante este ilustre taumaturgo.
En verba eclipsa a un dramaturgo
El caballero de la Rosa.

Cunde su fama por Italia,
España es tierra de su amor.
Sus esfuerzos corona Galia
Con noble título de honor;
Suelo que ofrece su frescor,
Su luz y su gloria radiosa,
Es América victoriosa,
Y es aquí en donde culmina
La buena estrella peregrina
Del caballero de la Rosa.

Bulla, entretanto, en el cristal
El alma mágica del vino,
Y alce su canto magistral
El múltiple ingenio diamantino
Que en el bello suelo argentino
Erige la selva armoniosa,
Donde alzaráse esplendorosa
La soberbia raza futura
Que no olvidará la figura
Del caballero de la Rosa.

TARDES

A Manuel Mayol.

El cielo es de cobalto.
La ciudad se reclina en brazos de su río
Surcado por veloces cruceros trepidantes.
Olores penetrantes
De naftas y de breas
Se escapan de los diques. El viento, en bravo asalto,
Infla las recias velas, estremece el navío,
Silba bronco en las jarcias, anuncia las mareas,
Esparce sobre la onda la voz de su clarín.
El puerto galvaniza sus músculos de acero.
Proyectan a lo lejos sus ímpetus sonoros
Los ríspidos tentáculos del hierro laborioso.
Bate el yunque en la usina con vigor el obrero:
Rechina en agrios coros
El diente de la grúa y gruñe el de la draga
Vibrando en el espacio su grito poderoso
Que el viento en sus pulmones magnéticos propaga.
Resuena en el confín
Un himno gigantesco de labor y de vida.
El hombre da su esfuerzo sin tregua ni medida,
Vence su torvo esplín

Cubriendo el viejo cáncer de su espíritu en lloro
Con las suaves promesas de una tarde de oro
Abierta a su esperanza como un bello jardín!

Amo esta cruda tarde
Donde el viento diluye perfumes de resina
Y vierte en mis oídos, de cien lenguas extrañas
Los bárbaros rumores; la amo bajo el cielo
En que hunden sus pupilas, ásperamente hurañas,
Las gentes que aún no saben de tu amor, Argentina.
Las que al instante acaban de posar en tu suelo
Sus plantas temerosas, mirando con recelo
Desde el dique hormigueante el barco que las trajo
De las aguas lejanas de Nápoles y el Tajo;
La amo intensamente con su estrépito vario,
En la amplitud sonora de su espléndido estuario
Donde naves potentes yerguen sus negros flancos
Y los mástiles hinchan sus velámenes blancos.
Todo es acción y lucha, fragor y movimiento
En esta hora que vive, como un gran pensamiento,
Instantes de preñeces y de fiera energía;
Amo esta dulce tarde, en la dura armonía
De los grandes vapores y las locomotoras
Rasgando las tinieblas como nuevas auroras;
En el cierzo que estalla como una cimbradura
Al azotar del buque la enorme arboladura
Y llena el vasto espacio pululante del puerto
De una música extraña, de un pujante concierto;
La amo, en fin, porque calma con su franca aspereza
Mis nervios excitados, mi incurable tristeza;
Porque al ver alejarse las naves lentamente,
Hacia playas remotas, se levanta en mi mente
La indecisa nostalgia de países amados,
De lugares de ensueño para siempre sagrados
Cuyo dulce recuerdo me envuelve, como un tul

Envuelve en la alta noche la estrella que cintila
Cual ardiente pupila
Prendida en la áurea veste del impávido azul.

Tarde hermosa, silencio, la noche se aproxima.
El río desparece, se esfuma en la ancha sima
De la sombra creciente. Se oye una campana.
La ciudad se adormece como en hondo nirvana,
Cesa todo rumor.
Allá, lejos, se enciende una luz, la primera.
En la larga ribera
Flota un dulce suspiro de confianza y amor.

MENSAJE DE PRIMAVERA

A Carlos Alberto Leumann.

El cielo deslíe su fina turquesa
Poniendo en las cosas su claro matíz.
La tarde se ciñe, como una duquesa,
Su regia diadema de flores de lis.

Perfumes cordiales de rosas y lauros
Navegan en alas de un viento de amor.
Se escucha un galope de briosos centauros
Llenando los prados de loco furor.

Rumores de triunfo, de fiera alegría,
Gloriosos hosannas de encanto inmortal
Se elevan, radiosos, al goce del día
Vibrante como una canción matinal.

La tierra se viste como una doncella
Con joyas dotadas de vivo esplendor,
Difunde en los ojos fulgores de estrella,
Derrama en las venas un mágico ardor.

Inútil que a veces un hálito frío
Doblegue en la selva las blancas corolas;
Ya viene el cortejo del cálido estío,
Ya riela la luna de Octubre en las olas.

El frígido invierno cesó en sus sollozos,
Cesó en sus sonatas de grave laúd;
Ahora son himnos de místicos gozos,
De dulces promesas y riente salud.

Los que alza la tierra cantando en los valles,
Cantando en los llanos, vergel y montañas,
Sembrando sonrisas en plazas y calles,
Vertiendo en los pechos dulzuras extrañas.

¡Oh, influjo divino, supremo del hada
Que enciende los labios de ardiente rubí
E imprime en la rubia o morena cascada
Reflejos bruñidos de esmalte turquí!

¡Evóhe susurra la enorme pradera,
Sintiendo en sus flancos tu beso de luz!
¡Evóhe te aclaman, ideal primavera,
Las almas envueltas en denso capuz!

Oh, gloria, oh fecunda promesa de vida.
El germen acrece su savia vital
Allá en la profunda región escondida
De que alzas tu carro diverso y triunfal.

El mundo contempla, celebra tu paso
Con himnos sagrados de lírica unción,
Te adora en el alba, bendice tu ocaso,
Porque ambos le aportan igual ilusión.

Oh Diosa, recibe mi dulce plegaria:
Aviva en mi pecho mi anhelo de amor.
Mi esposa es la misma gentil pasionaria
Que un día en mi senda sintió mi dolor.

Conserva por Ella la luz de mis ojos,
¡Hay tanta divina frescura en su tez,
Tiene ojos tan bellos y labios tan rojos
Que yo por amarla naciera otra vez!

EPIFANÍA

12 DE OCTUBRE

A Juan Alonso, pintor.

Sobre el vivo fulgor de una Tizona
El verso que a tus númenes levanto,
Oh invicta y singular, alta Matrona.

Adquiera vibración el raudo canto
Al loar el supremo poderío
De tu austera virtud y de tu encanto.

Vístase de lumínico atavío
Para alabar la gloria extraordinaria
De tu savia fecunda y de tu brío

A través de la ruta visionaria
De la historia en la cual tu pie ligero
Brilló como una antorcha solitaria.

Cante en áureo rimar el paso fiero
De las rudas legiones que de España
Aquí vinieron en alud guerrero.

Resuenen, como un grito en la montaña,
Por doquiera, los ecos de su gloria
Que de un nuevo esplendor acá se baña.

Y vibre en el clarín de la victoria,
De una edad a otra edad su inmarcesible
Presencia por el campo de la Historia.

Dulce canto de amor indefinible
Eleve en su loor la estrofa alada,
La estrofa musical, honda y flexible,

Pregonando la mágica jornada
Que arrancó un nuevo mundo del misterio
A la pálida luz de una alborada.

Son macizas columnas de su imperio
Las que hoy alzan sus moles de granito,
Semejando un gigante monasterio,

A lo largo del suelo en que su grito
Brotó por vez primera de la aurora
Llenando de inquietud el infinito.

Países singulares que el sol dora
Y a los cielos erigen su grandeza
Coronados de lumbre vencedora,

Surgieron, asentando su realeza
Sobre aquellos pilares, de improviso,
Como un sueño de inédita belleza.

Sobre ellos derramó su raro hechizo
El cielo en un derroche de tesoros
Y delicias sin par de paraíso.

Paisajes más valiosos que los oros
De sus muros de jaspe se extendían
A sus plantas cual cármenes sonoros.

Allí como en un sueño se veían
Brotar los más miríficos joyeles
Que con vívida luz resplandecían.

A sus puertas velaban cien lebreles
Y su fama cundía tras los mares
Y los espesos montes de laureles.

Como sierpes de cándidos azahares
Realzaban su hermosura deslumbrante
Formando otros extraños luminares

Las joyas desprendidas del radiante
Tesoro de su espléndida corona
Que el orbe contemplaba delirante.

De su estirpe real la fuerza abona
Los frutos de sus ramas esparcidos
Que a su tronco fortísimo eslabona.

Por el beso de Dios marchan ungidos
Los hijos de esa estirpe prodigiosa
Hácia nuevos ideales dirigidos.

Muestras son de su siembra milagrosa
Los héroes que engendrara por doquiera
En eclosión fecunda y misteriosa.

Aquí fué una ciudad la que surgiera
De la nada a su impulso sobrehumano
Y de gala y de gloria se cubriera.

Allí fué el testimonio de su ufano
Poder para domar los elementos
Opuestos a su vuelo soberano.

Más allá, repitiendo sus acentos,
Emergieron mil pueblos vigorosos,
Con su misma bravura y sus alientos.

Y por todo, en los llanos polvorosos,
En los montes abruptos o al pie mismo
De los grandes volcanes sonorosos,

Supo alzar sobre el borde del abismo,
Domeñando la selva y el torrente,
En explosiones francas de idealismo,

Las urbes donde crece la simiente
Que aventaran sus manos fraternales
Por doquiera, al azar, copiosamente.

Recompensa de amor a tantos males
Es la ofrenda del hijo, conmovida,
Ante las nobles aras maternales.

Ella fué nuestra madre y de su vida
Amamantó sus hijos a porfía
Dando su fuerte savia sin medida.

Justo es que en su lengua alabe el día
Que proclama la gloria de la raza
Y anuncia la radiosa Epifanía.

Aún en trémula dicha nos abraza,
Como el mar a la arena de la orilla,
Y el derrotero fúlgido nos traza
Sin alarde de amor, recia y sencilla.

PATRIA FUTURA

A mi padre, que contribuyó con su sangre a la organización nacional.

Sólo quiero evocar en este instante
Para cantarte en himno de victoria,
El fasto inmarcesible de tu gloria,
De tu suelo sagrado el esplendor.
Quiero alzar en tu honor, del pecho mío,
Para arrullar tu alma soberana,
La plegaria más pura, más ufana,
Que ha vibrado jamás en tu loor.

Quiero ensalzarte, oh, Patria, en tu futuro,
En la visión augusta del radioso
Porvenir que te espera prodigioso,
Como el de un denodado paladín,
Consagrando a tu impulso venidero,
Traducido en empresas de alto ejemplo,
Una canción que vibre como el templo
Bajo la voz sonora del clarín.

Sentada sobre sólidos pilares,
Exultante de fuerza y poderío,
Rumorosa y potente como un río
Envuelto en la dulzura matinal,
Ilustre por tu mágico pasado,
Invicta por tus hombres y tus leyes,
Te adivino, rodeada de altas greyes,
En un bello futuro señorial.

Yo te evoco colmada de favores
Por la mano de Dios y por los dones
De tus hijos innúmeros, varones
Tocados por el brillo de tu sol.
Diviso tu grandeza milenaria
En que todas las razas se fusionan
Y una misma esperanza galardonan
Al surgir de tu pánico crisol.

Vasto campo a tu empuje ciudadano
Será el rico solar en que la ingente
Sangre de nuestros padres cayó ardiente
Cual destello magnífico de luz.
Ella debe mostrarte como un rayo
Que alumbra una región hosca y sombría,
En remotas edades, la amplia vía
Donde fijes tus pasos y tu cruz.

Cual matrona que ampara en su regazo
Con idéntico amor diversa prole,
Del Andes familiar, la enorme mole,
De tus hijos los sueños velarán.

Y del muro gigante, hasta la orilla
Del histórico Plata, cien naciones
Ungidas por inéditos blasones,
A tu recio conjuro surgirán.

¡Oh! cuán bella eres ya, pero más bella
Todavía serás cual te imagina
Mi mente en el futuro, ¡oh, mi Argentina!
Cuyo cielo parece de zafir.
Te veo culminar entre los mundos
Destacándote en luz resplandeciente,
Como el astro que asoma en el Oriente
Esparciendo su diáfano elixir.

Tu destino será maravilloso
Porque así lo ha querido la Natura
Al verte en tu suelo su hermosura.
En eterno y feraz germinación.
Yo presiento tu gloria extraordinaria,
Mezcla de amor, de fe y sabiduría,
Admiro tu bizarra gallardía
Y alabo tu armonioso corazón.

¿Quién me diera vivir un solo instante
En los tiempos futuros para verte
Vencedora del Odio y de la Muerte
Cumpliendo tu designio singular?
Noble y justa, Señora entre los pueblos,
Compasiva, amorosa, así te veo,
Y así voy, deshojando mi deseo,
De tu inmenso santuario ante el altar

INDICE

EL LIBRO ELEGIACO

EL LIBRO AMABLE

La literatura y la gran guerra

por Carlos Ibarguren

"Esta obra del prestigioso universitario y escritor Dr. Carlos Ibarguren constituye el primer estudio de conjunto publicado hasta la fecha sobre la producción literaria suscitada por la gran guerra.

" . . . .

"El libro del Dr. Carlos Ibarguren puede reivindicar con derecho el haber reconstituído armoniosa y comprensivamente los rasgos esenciales del estado de espíritu con que en Europa se inició la guerra y los que surgieron de ésta.

Lo cual basta para caracterizar "La literatura y la gran guerra" como un sesudo ensayo que, por su alto valor crítico, documental y artístico, está llamado a alcanzar vasta repercusión."

LA NACION.

... "Las páginas que el Dr. Ibarguren ha dedicado a ese instante trascendental son realmente bellas. — Allí palpitan los sentimientos dominantes en los soldados al partir para el frente, el choque de la larga y angustiosa expectativa y sus desfiguraciones imaginarias con la realidad de las batallas; evoca los cuadros que han descripto los mismos guerreros y pinta los estados de alma de los combatientes a través de los distintos aspectos de la lucha. — Son de pluma maestra y galana las páginas en las que analiza el valor militar, la resignación y abnegación del soldado, cuya psicología ante la muerte y el dolor sabe desentrañar admirablemente.

... Tiene el libro del Dr. Ibarguren, aparte de su mérito intrínseco, el de ser el primero que se ha escrito sobre materia tan palpitante y trascendental".

LA RAZÓN.

... "Es, sin duda alguna, un bello libro y una valiosa contribución a la historia de la guerra, el que ha escrito el Dr. Carlos Ibarguren sobre el movimiento literario que precedió al estallido de la tremenda tragedia, y sobre la influencia que ésta tiene en las nuevas concepciones artisticas de los pueblos beligerantes".

"... El espíritu de los pueblos beligerantes está trazado en el libro del Dr. Ibarguren con mano maestra y certera. — El estudio sobre la literatura en vísperas de la guerra es el ensayo más completo que sobre el punto se ha intentado... el valor excepcional que acusa el libro honra a su autor y a la cultura argentina...".

LA FRONDA.

Los Cilicios

por Pablo Suero.

"Pocas veces nos llegan libros tan hermosos y de tanto valor literario como el que acaba de entregar a la publicidad el señor Pablo Suero... que se nos presenta como un verdadero poeta, a quien no debe inquietar el porvenir, porque es suyo".

LA UNIÓN.

"*Los cilicios* es una obra de suma importancia, en la cual hasta el título es un verdadero hallazgo. Vano sería buscar entre las obras literarias escritas en este país una donde esté expuesto como en ésta, ese proceso del pesimismo sentimental o romántico y, en definitiva, genésico, que aqueja al señor Suero.

"En cuanto a formas, el señor Suero se revela como un habilísimo versificador digno de equipararse y aún sobrepujar a muchos de nuestros poetas jóvenes".

RAFAEL DE DIEGO.
en *"Música de América"*.

Un huerto de manzanas

por Alberto Nin Frías

"*Un huerto de manzanas* no es más que el corazón y la mente de un hombre pronto a dar frutas alimenticias y sabrosas para espíritus debilitados, sin apetito de cosas sanas, sin fuerza de asimilación vigorizante... ¡Bendito ejemplario, de cuya fuente mana el agua purísima de todo optimismo, de toda energía fecundante, de la continuación solidaria, de la eternidad que consuela y fortalece!

"Walt Whitman mostraríase satisfecho; es probable que nos advirtiera con su peculiar grito: "Camarada, esto no es un libro; quien ésto toca, toca a un hombre". El hombre ahora se llama Alberto Nin Frías".

J. TORRENDELL.
en *Atlántida*.

IMPRENTA MERCATALI
CALLE JOSÉ A. TERRY 285 - 95
:: :: BUENOS AIRES :: ::